



BOLETIN DE PASTORAL

Revista Diocesana Mensual



San Juan de los Lagos, Jal.

Abril de 2013

Nº 377

V Semana de Formación y Animación Litúrgica

«Celebremos la fuerza y la belleza de la fe»

SUMARIO:

Mensaje del Señor Obispo.....	1
Presentación.....	2
Indicaciones metodológicas	3

TEMAS:

1. La liturgia y la Piedad Popular en el catecismo de la iglesia católica (CEC)	4
2. La liturgia y la piedad popular en el V PDP.....	8
3. El Arte de celebrar la belleza de la fe (Ars-celebrandi)	13
4. Las fiestas Patronales: un momento fuerte de fe en nuestras comunidades	21
5. La liturgia y la Piedad Popular en el Año de la Fe y de la identidad Cristiana.....	27
Evaluación de la Semana de Formación y Animación Litúrgica	31
Sugerencias para el tiempo pascual	32
Las celebraciones del domingo de pascua.....	39
El Cirio Pascual.....	40

Centro Diocesano de Pastoral

Morelos 34. A. P. 21

Tel. (395) 785-0020 Fax. (395) 785-0171

Correo-E: cpastoral@gmail.com

Messenger: cpastoral@hotmail.com

47000 San Juan de los Lagos, Jal.

Responsable:

Comisión diocesana de Pastoral Litúrgica

Diócesis de San Juan de los Lagos.

MENSAJE DEL SEÑOR OBISPO

V SEMANA DE FORMACIÓN Y ANIMACIÓN LITÚRGICA

Lema: «Celebremos la fuerza y la belleza de la fe»

Inundado por la luz y el gozo de la resurrección de nuestro Señor Jesucristo, saludo a cada uno de ustedes, miembros de la familia diocesana. De modo especial, me dirijo a los agentes de la Pastoral Litúrgica que trabajan para que el Misterio Pascual sea mejor conocido, vivido y celebrado en cada una de nuestras parroquias.

Hemos contemplado en estos días como efectivamente el Padre realiza el «misterio de su Voluntad» dando a su Hijo Amado y al Espíritu Santo para la salvación del mundo y para la gloria de su Nombre (Cf. Ef 1, 5-7). Este Misterio de salud y alegría es el que contemplamos y vivimos en la celebración litúrgica de la Iglesia (Cf. CEC 1067).

La liturgia, como una de las tareas eclesiales fundamentales, ha sido siempre el impulso para el apostolado y el objetivo de toda profunda evangelización. Por ello, el Concilio Ecuménico Vaticano II, abre sus letras expresando el hondo deseo de «acrecetar de día en día entre los fieles la vida cristiana, [...] y el fomento de la liturgia (SC 1).

En este «Año de la Fe y de la Identidad Cristiana» adquiere una profunda densidad el tiempo de Pascua y toda la celebración de la resurrección, siendo una especial oportunidad de confesar la fe en el Señor Resucitado, profesándolo públicamente y transmitiendo efectivamente el gozo pleno del Misterio Cristiano (cf. PF 8). Recordando que «el mejor lugar para la transmisión de la fe es una comunidad nutrida y

transformada por la vida litúrgica y por la oración (*Instrumentum Laboris* XVIII Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos n.97).

Por ello, invitamos a todas las parroquias a celebrar con entusiasmo este tiempo Pascual, recordando que la gran preparación cuaresmal debe fructificar en esta cincuenta. Entre las propuestas de actividades, ocupan el primer lugar las celebraciones litúrgicas (Sacramentos y Liturgia de las Horas), para que sean vividas con profunda conciencia y debida preparación; siguen las manifestaciones de Piedad Popular que enriquecen y alimentan profundamente la fe en nuestra Iglesia Particular (fiestas patronales, rosario, *via crucis*, peregrinaciones, novenas, etc.), y han de ser promovidas y aprovechadas pastoralmente (cf. V PDP 92-98). Sumando a lo anterior, ofrecemos esta «V Semana de Formación y Animación Litúrgica», preparada por la CODIPAL (Comisión Diocesana de Pastoral Litúrgica) y que servirá para mejor «celebrar la fuerza y la belleza de la fe».

Encomiendo a la Santísima Virgen María, la mujer creyente, cada una de nuestras comunidades, para que profundizando y celebrando la obra de nuestra salvación, sean fuertes en la fe, vivan la esperanza y se regocijen en la caridad.

+ *F. Salazar V.*

+Felipe SALAZAR VILLAGRANA
Obispo de San Juan de los Lagos

PRESENTACIÓN

Celebrar la fuerza y la belleza de la fe ha sido el lema que nos hemos propuesto para la «V Semana de formación y animación litúrgica», la cual tiene como objetivo: «Profundizar en liturgia y la piedad popular en el año de la fe, para que celebremos la fuerza y la belleza de nuestra fe, renovemos nuestra identidad cristiana y demos un rostro nuevo de Iglesia».

Tanto el lema como el objetivo de la V Semana de formación y animación litúrgica los queremos contextualizar con el Sínodo de los Obispos celebrado en el mes de octubre del año pasado que llevaba por título «La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana», con el Año de la fe y de la identidad cristiana y con nuestro V Plan Diocesano de Pastoral (V PDP). En el Año de la fe el Papa Benedicto XVI nos invita a «Redescubrir el camino de la fe para iluminar de manera cada vez más clara la alegría y el entusiasmo renovado del encuentro con Cristo» (PF 2), y en nuestro V Plan Diocesano de Pastoral a «Reavivar, como discípulos misioneros, la nueva evangelización en las culturas actuales; para que, mediante el testimonio de vida y el impulso de los valores humanos y cristianos, demos un rostro nuevo de Iglesia» (V PDP 153).

Estos tres acontecimientos eclesiales importantes, el Sínodo de los obispos, el Año de la fe y nuestro V PDP, marcan para nuestra diócesis el trabajo evangelizador que debemos emprender en el presente año pastoral y los próximos años de vigencia de nuestro V PDP, por ello si deseamos reavivar la nueva evangelización necesariamente tendremos que empeñarnos en celebrar nuestra fe con gran interés, teniendo presente que al celebrarla bien estamos realizando el acto que más evangeliza.



La tarea evangelizadora es obra de toda la Iglesia y de todos sus agentes. Es por ello que la Comisión Diocesana de Pastoral Litúrgica y Piedad Popular (CODIPAL) ha preparado con mucho esmero y cariño el presente Boletín de Pastoral con los siguientes temas: 1. La liturgia y la Piedad Popular en el CEC 2. La liturgia y la piedad popular en el V PDP 3. El Arte de celebrar la belleza de la fe 4. Las fiestas Patronales: un momento fuerte de fe en nuestras comunidades y 5. La liturgia y la Piedad Popular en el Año de la fe y de la Identidad Cristiana. Y todo este contenido con la finalidad apoyar a nuestras comunidades a celebrar el Misterio Pascual de Cristo, para que nos encontremos con Él, renovemos nuestra identidad cristiana, nuestro rostro de Iglesia y podamos transmitir la fe a las nuevas generaciones.

Les recordamos que además del contenido de este Boletín se podrá disponer de los temas en power point, los cuales se podrán bajar de internet de la página de nuestra diócesis.

Sigamos, pues, celebrando y aprovechando el Año de la fe y de la identidad cristiana. Les deseamos que siga siendo un tiempo de gracia y santificación, en el que hemos vuelto a descubrir «el camino de la fe» y «el entusiasmo renovado del encuentro con Cristo».

Que la Santísima Virgen María, la llena de gracia y de fe nos acompañe, interceda por nosotros y nos ayude a celebrar la Pascua de su Hijo Jesucristo. ¡Felices Pascuas!

Pbro. Antonio Ramírez Márquez.

Co coordinador de la CODIPAL.

INDICACIONES METODOLÓGICAS

DE LA V SEMANA DE FORMACIÓN Y ANIMACIÓN LITÚRGICA



1. Les recordamos una vez más que este espacio de estudio y formación va dirigido especialmente a los agentes de pastoral de nuestra diócesis, sacerdotes y laicos miembros del equipo de pastoral litúrgica parroquial, pero que debe estar abierto a todos los miembros de la comunidad parroquial, ya que puede ser la oportunidad para que otros se integren y colaboren en la pastoral litúrgica de la parroquia.
2. Contenidos de la V Semana de formación y animación litúrgica están inspirados en el Año de la Fe y de la identidad Cristiana que estamos celebrando.
3. El lema para esta V Semana es: «Celebremos la fuerza y la belleza de la fe».
4. Retomar la evaluación de la IV Semana de formación y animación litúrgica para ver qué nos puede servir de esa experiencia y ahora lo implementemos.
5. Hacer publicidad a la semana, utilizando avisos, carteles, invitaciones, etc.
6. Planear la semana entre el sacerdote asesor del equipo de pastoral litúrgica, parroquial y el mismo equipo.
7. Pensar y preparar un lugar adecuado para la realización de la semana.
8. Utilizar la computadora, el cañón y los temas del Boletín de Pastoral.
9. Distribuir muy bien el tiempo de cada sesión, calculando que el tema no pase de una hora y cuarto.
10. Preparar bien los momentos de la Oración inicial y final, aunque sean breves.
11. Seguir el método Ver, Pensar, Actuar, Celebrar como están estructurados los temas, tratando cada día de enlazar un tema con el otro.
12. A la luz del contenido y la reflexión de los temas, revisar cómo está funcionando el equipo de pastoral litúrgica parroquial, cómo es asesorado, cómo está su programación y organización y que necesidades tiene, etc.
13. De lo estudiado en la semana, es bueno llegar a compromisos concretos y realizar una programación, o si esta ya se tiene, es bueno integrar en ella tales compromisos como fruto de la misma.
14. Realizar la evaluación de la semana para detectar los aciertos y los errores, e informar de ello a la CODIPAL a través del coordinador decanal de pastoral litúrgica, ya sea parroquia por parroquia o haciendo el vaciado de todo el decanato, o enviarla directamente al coordinador o secretario de la Comisión Diocesana.
15. Sugerimos se concluya la semana celebrando la Eucaristía para agradecer al Señor el trabajo realizado en bien de toda la comunidad, y al término de la misma se dedique un tiempo para convivir y se comparta la experiencia vivida.

Esperamos que estas indicaciones, además de las que ustedes puedan prever les ayuden a realizar con mucho éxito esta V Semana de Formación y Animación Litúrgica.

De antemano los felicitamos y les auguramos una buena V Semana de Formación y Animación Litúrgica. Les recordemos que el buen desempeño de nuestro trabajo pastoral dependerá mucho de cómo sea preparado, coordinado y realizado, de nosotros dependerá el rostro que le queramos dar a la Pastoral Litúrgica.

Gracias por su empeño y colaboración.

Equipo CODIPAL

TEMA 1. LA LITURGIA Y LA PIEDAD POPULAR EN EL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA (CEC)

1. OBJETIVO

Descubrir cómo están presentes la Liturgia y la Piedad Popular en el Catecismo de la Iglesia Católica para que en este año de la fe logremos una adhesión y profundización en las enseñanzas de la Iglesia.

2. ORACION INICIAL

GUIA: Señor, nos ponemos en tu presencia, te pedimos que abras nuestro entendimiento y nos dejes conocer tu voluntad.

LECTOR: Del Evangelio de san Juan (4,20-24).

Dijo la samaritana a Jesús: Nuestros padres adoraron a Dios en este monte, y ustedes dicen que en Jerusalén está el lugar donde se debe adorar. Jesús le dijo: Mujer, créeme; la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraran al Padre. Ustedes adoran lo que no conocen; nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque ciertamente a los tales el Padre busca que le adoren. Dios es espíritu, y los que le adoran deben adorarle en espíritu y en verdad.

Palabra del Señor.

Gloria a ti Señor Jesús.

TODOS: Señor, que a través de las enseñanzas del Catecismo de la Iglesia Católica conozcamos más acerca de ti y

de tu amor manifestado en Jesucristo tu Hijo.

Señor Jesús, que te has querido encarnar y morir para nuestra salvación permítenos acercarnos un poco más al conocimiento de tu Verdad, guía nuestros pasos en cada momento de nuestras vidas porque tú eres el camino y danos la vida Eterna. Que amemos más a tu Iglesia, tu cuerpo místico, para que profundicemos en nuestra fe.

Espíritu Santo, Señor y dador de Vida, danos tu luz para que ilumine nuestras vidas y demos testimonio de ella.

GUIA: *Padre nuestro, Ave María, Gloria al Padre...*

I. VER

- ¿Qué entendemos por Liturgia y piedad popular?
- ¿Qué diferencias hay entre ellas?
- ¿Qué expresiones litúrgicas tenemos en nuestra comunidad?
- ¿Qué expresiones de Piedad Popular tenemos en nuestra comunidad?

II. PENSAR

El CEC es un instrumento que responde a la obra de la renovación de la vida eclesial, decidida y promovida por el Concilio Vaticano II. Con él se intenta profundizar en las enseñanzas de la Iglesia para lograr una mejor adhesión a ellas y promover el conocimiento y la aplicación de las mismas. En él podemos encontrar algunas exposiciones doctrinales que el

Concilio ofrece a la Iglesia y, para nuestro tema, nos da una exposición articulada sobre los temas de la liturgia y la piedad popular que encontraremos en la segunda parte.

El CEC recoge en la Segunda parte la «celebración del Misterio cristiano». En su primera sección, capítulo primero, artículo 1, señala y titula: «La liturgia, obra de la Santísima Trinidad». Este título y su desarrollo en los números 1077 a 1109, desde el punto de vista eclesial, significa la culminación del proceso de comprensión renovada del hecho litúrgico en la vida de la Iglesia. A partir de la consideración cristológica de la Liturgia se abre la posibilidad de encuadrar la liturgia en la economía divina y en el programa de la Historia de la salvación. El catecismo expone cómo la salvación de Dios, la economía sacramental, realizada una vez por todas por Cristo Jesús y por el Espíritu Santo, se hace presente en las acciones sagradas de la liturgia de la Iglesia (Sección primera), particularmente en los siete sacramentos (Sección segunda). Trata de englobar todas las celebraciones litúrgicas señalando los siete sacramentos como parte principal, con la Eucaristía como centro y fuente de todo. Señala la razón de ser de la liturgia (1066-1068), el significado de la palabra «Liturgia», la liturgia como fuente de vida, la oración y la liturgia; y la catequesis y la liturgia (1069-1075).

En la primera sección nos habla de la economía sacramental. «Esta consiste en la comunicación (o 'dispensación') de los frutos del misterio pascual de Cristo en la

celebración de la liturgia 'sacramental' de la Iglesia (1076). La segunda sección esclarece cómo los siete sacramentos de la Iglesia, instituidos por Cristo, dan nacimiento y crecimiento, curación y misión a la vida de fe de los cristianos. (1210). Y en el capítulo cuarto, donde

habla de las otras celebraciones litúrgicas, muestra los sacramentales y la religiosidad popular como signos y formas que son parte del sentido religioso del pueblo cristiano.

Para el CEC, el misterio que la Iglesia celebra y

comunica en su liturgia es el mismo misterio que proclama en su profesión de fe y vive en la práctica de los sacramentos y mandamientos, de la oración y los sacramentales, así como de la religiosidad popular. Es una forma elocuente de afirmar que la liturgia es una de las acciones vitales del organismo eclesial, uno de los vectores de la vida de la Iglesia; que lo sacramental pertenece al orden de las realidades esenciales de la Iglesia y que las prácticas populares son expresiones variadas de piedad en torno a la vida sacramental de la Iglesia.

a) Celebrar y actualizar el Misterio de Cristo en la Liturgia y la Piedad Popular

La Iglesia, en la liturgia, celebra el misterio de Cristo (1163, 1164, 1165, 1172, 1174, 1194, 1202, 1208), cuya riqueza inagotable ninguna tradición litúrgica es capaz de expresar cumplidamente (1201). Las acciones litúrgicas son obra del Cristo total, cabeza y cuerpo, en ellas la Iglesia, cuerpo de Cristo, celebra y actualiza los



misterios de su redención. No se trata de un modo de dar cumplimiento a la obligación natural de dar culto a Dios. No es una simple moción interna ni tan siquiera un acto de generosa obediencia a una celeste ordenación de la virtud de la religión. Se trata de un culto que agrade verdaderamente al Padre (Hb 10, 3-10), un culto verdadero y nuevo. No el de un pueblo separado de Dios por el pecado.

Este nuevo culto sólo lo pudo ofrecer Cristo y lo hizo de una vez para siempre (Hb 7, 20-28). Lo ofreció de una vez para siempre, Él, el único que podía hacerlo, hombre inocente, Hijo de Dios. Pero no lo hizo aislado, separado, solitario, él asocia a sí a su amada Esposa, toda entera, la Iglesia (SC 7).

Esta vivencia de los sacramentos toma el misterio de la Pascua como parte central: «En la liturgia, la Iglesia celebra principalmente el misterio pascual» (1067; cf. 1076, 1083, 1085, 1200, 1517). «De la Cruz de Cristo manan los sacramentos del misterio pascual» (1182). Así lo señalan también algunos de los títulos que encabezan las secciones importantes del Catecismo: «el misterio pascual en el tiempo de la Iglesia», «la celebración del misterio pascual» y «El misterio pascual en los sacramentos de la Iglesia».

Siendo obra de Cristo, aunque por El también verdaderamente de la Iglesia su esposa, esta obra de la divina liturgia se sitúa en el vértice de la Revelación y en el punto de inflexión del itinerario de la historia humana. En ella la Iglesia, unida a Cristo, actualiza la obra del redentor tanto en su dimensión noética (dar a conocer la verdad; liturgia como Teología Primera), como en su dimensión soteriológica (salvadora). De aquí que la liturgia yo no puede ser considerada como una mera cuestión de «piedad» ni su valor dentro del obrar eclesial una cuestión de adorno o complemento.

La Iglesia cuando celebra los sacramentos, los sacramentales y los actos de piedad popular, celebra el misterio de Cristo de una forma perenne, ininterrumpida y actualizada: «Cuando llegó su hora» (Jn 13,1;17), vivió el único acontecimiento de la historia que no pasa: Jesús muere, es sepultado, resucita de entre los muertos y se sienta a la derecha del Padre «una vez por todas» (Rm 6,10; Hb 7,27; 9,12). Es un acontecimiento real, sucedido en nuestra historia, pero absolutamente singular: todos los demás acontecimientos suceden una vez, y luego pasan y son absorbidos por el pasado. El Misterio Pascual de Cristo, por el contrario, no puede permanecer solamente en el pasado, pues por su Muerte destruyó a la muerte, y todo lo que Cristo es y todo lo que hizo y padeció por los hombres participa de la eternidad divina y domina así todos los tiempos y en ellos se mantiene permanentemente presente. El acontecimiento de la Cruz y de la Resurrección permanece y atrae todo hacia la Vida» (1085; cf. 1169, 1364).

En la liturgia de la Iglesia, así como las expresiones populares de fe, se hacen «presentes», se «actualizan» los acontecimientos que nos salvaron. El Misterio Pascual de Cristo se celebra, no se repite; son las celebraciones las que se repiten; en cada una de ellas tiene lugar la efusión del Espíritu Santo que actualiza el único misterio. (1104; cf. 1076, 1092, 1155, 1163, 1165, 1330, 1353, 1362, 1363, 1364, 1368, 1382, 1409, 1545). «la liturgia, toda ella, está impregnada por la novedad del misterio de Cristo» (1164). La comunidad cristiana tiene la posibilidad de «revivir» todos los acontecimientos de la historia de la salvación en el hoy de la liturgia (1095). La liturgia participa y actualiza la obra transtemporal preparando y pregustando el eterno presente de la Jerusalén celestial.

En las expresiones de fe popular, como lo son la veneración de las reliquias, las visitas a los santuarios, las peregrinaciones, las procesiones, el vía crucis, las danzas religiosas, el rosario, las medallas, escapularios, etc. Los fieles cristianos prolongan la vida litúrgica de la Iglesia en la vida ordinaria inculturando el misterio de Cristo en sus propias vidas.



Ambas, la liturgia y la piedad popular, deben recibir una atención especial, una nueva evangelización, de manera que la presencia de la identidad cristiana en cada una de ellas sea presencia activa, dinámica, de Cristo que actúa de manera eficaz. De aquí se desprende para la Iglesia una vida sacramental impregnada del misterio de Cristo. Las expresiones de fe, sean estas litúrgicas o de religiosidad popular, deben tener como punto central a Jesucristo, su vida, Pasión, Muerte y Resurrección.

El Directorio para la Piedad popular nos señala que la relación entre Liturgia y piedad popular no debe ser planteada en términos de oposición (No. 50), pero tampoco de equiparación o sustitución y el CEC invita a tener en cuenta las formas de piedad de los fieles y de religiosidad popular integrándolas como parte de la vida de fe de acuerdo con la sagrada liturgia en manera que deriven en cierto modo de ella y conduzcan al pueblo a ella (1674, 1675)

La liturgia y la piedad popular son dos expresiones legítimas del culto cristiano, aunque no son homologables. No se deben oponer, ni equiparar, pero si armonizar, como indica el Concilio: «Es preciso que

estos mismos ejercicios (de piedad popular) se organicen teniendo en cuenta los tiempos litúrgicos, de modo que vayan de acuerdo con la sagrada Liturgia, en cierto modo deriven de ella y a ella conduzcan al pueblo, ya que la liturgia, por su naturaleza, está muy por encima de ellos» SC 13.

III. ACTUAR

• **¿Cómo podemos mejorar nuestra vivencia de la**

Liturgia en nuestra comunidad?

• **¿Cómo podemos mejorar nuestras expresiones de Piedad Popular?**

IV. CELEBRAR

GUIA: Agradecemos al Señor que nos ha dado en la liturgia y en la piedad popular un medio para santificarnos y acercarnos a su misterio, decimos:

Gracias Señor por tu amor

1. Gracias por el Papa, los obispos y los sacerdotes porque a través de la celebración de los sacramentos alimentan nuestra fe. *Todos.*
2. Gracias Señor por darnos a tu Iglesia, tu cuerpo místico, como dispensadora de tus misterios. *Todos.*
3. Para que sepamos vivir la Liturgia y la Piedad popular como medios de santificación para la vida de la Iglesia. *Todos.*
4. Gracias Señor, por darnos en la Biblia, en la Tradición de la Iglesia y en sus enseñanzas, como el Catecismo de la Iglesia católica, los medio para conocerte más. *Todos.*

Ahora todos juntos elevemos nuestra acción de gracias a Dios por medio de la oración del Padre nuestro...

TEMA 2. LA LITURGIA Y LA PIEDAD POPULAR EN EL V PDP



1. OBJETIVO

Descubrir, en el contexto del Año de la Fe, el lugar que la piedad popular tiene en nuestro V Plan Diocesano de Pastoral, para que, inspirados por la mística y curso de acción que éste nos propone, reconozcamos las expresiones de la piedad popular junto con la liturgia como medios de santificación, purificándolas y evangelizándolas.

2. ORACIÓN INICIAL

Escuchamos la Palabra de Dios:

Del Santo Evangelio según San Juan (4, 21-25):

En aquel tiempo Jesús dijo (a la samaritana): «Créeme, mujer, llega la hora en que ni en esta montaña ni en Jerusalén se adorará al Padre. Ustedes adoran lo que no conocen; nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero la hora se acerca, y ya ha llegado, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque esos son los adoradores que quiere el Padre. Dios es espíritu, y los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad». La mujer le dijo: «Yo sé que el Mesías, llamado Cristo, debe venir. Cuando él venga, nos anunciará todo». Jesús le respondió: «Soy yo, el que habla contigo».

Palabra del Señor.

Dejamos un momento de silencio para reflexionar el texto.

Se hace la siguiente invocación al Espíritu Santo:

- Respira en mí, oh, Espíritu Santo, para que mis pensamientos puedan ser todos santos.
- Actúa en mí oh, Espíritu Santo, para que mi trabajo, también pueda ser santo.
- Dibuja mi corazón oh, Espíritu Santo, para que sólo ame lo que es santo.
- Fortaléceme oh, Espíritu Santo, para que defienda todo lo que es Santo.
- Guárdame pues oh, Espíritu Santo, para que yo siempre pueda ser santo. Amén. (San Agustín).

I. VER

En pequeños grupos o en plenario responder a las siguientes preguntas:

1. ¿Estamos todos al tanto que en nuestra diócesis realizamos el trabajo pastoral de una manera organizada, planificada? ¿Sabemos cuántos planes de pastoral hemos realizado en los cuarenta años de nuestra diócesis? ¿Quién de los presentes ha conocido, estudiado o aportado algo referente a los Planes Diocesanos de Pastoral?
2. Todos nuestros planes de pastoral tienen un lugar para nuestras actividades litúrgicas, ¿somos conscientes de que nuestras actividades en torno a la liturgia se encuadran en el Área del Triple Ministerio? ¿Qué más abarca tal área? (Pastoral Profética, Pastoral Litúrgica y Pastoral Social).

3. ¿Cuáles son las actividades litúrgicas (celebraciones) que se realizan en nuestra comunidad?
4. Junto con nuestras actividades organizadas en la liturgia (celebraciones «oficiales»), tenemos también otras muchas maneras como la gente expresa y celebra su fe en torno a los santos, los lugares de peregrinación, los elementos como el agua, las velas, las flores, los adornos, etc., y no siempre dentro de los templos, ¿cuáles son las actividades de este tipo «popular» más significativas que tienen lugar en nuestra comunidad? ¿Cuáles conocemos a nivel más reducido de las familias? ¿Cuáles son más bien como devociones «personales»?



providencia de Dios, devoción a la voluntad de Dios, vestirse según los colores del hábito de determinado santo, entrar de rodillas al templo para escuchar misa, etc. El hombre busca con estos actos, demostrarle su amistad a Dios y su respeto a Él, decirle que sí cree en su condición divina y que se siente hijo suyo, así como pedir y ganar algún favor o gracia.

El término «ejercicio de piedad», designa a aquellas expresiones públicas o privadas de la piedad cristiana que, aun no formando parte de la Liturgia, están en armonía con

ella, respetando su espíritu, las normas, los ritmos; por otra parte, estos actos llevan al misterio del hijo de Dios, Cristo Jesús, de la Liturgia extraen, de algún modo, la inspiración y a ella deben conducir al pueblo cristiano (cf *Directorio sobre la Piedad Popular y la Liturgia*, 2002).

Más allá de su contenido religioso o piadoso, en nuestra diócesis la piedad popular y su complicada relación con la liturgia (a veces se compenetrán, a veces se distancian), ha colaborado a darle una identidad cultural a nuestras familias, a nuestro modo de entender y de vivir la fe.

Todos estos datos no han pasado inadvertidos a la hora de organizar las directrices, las líneas que guían el trabajo pastoral organizado en nuestra diócesis. Por eso, no es extraño encontrar menciones a propósito de la Piedad Popular en nuestros planes diocesanos de pastoral.

II. PENSAR

A lo largo de la historia del hombre, es evidente que existe una relación íntima con Dios, el ser supremo, divino, etc. El hombre realiza una serie de actos para demostrarle a Dios, su amor, su lealtad, fidelidad, su fe hacia Él, demostrarle que lo respeta; no siempre estos actos se encuadran en la normatividad y oficialidad de la institución eclesial. Todos estos actos son llamados actos de piedad popular, expresiones del pueblo. Podemos enumerar algunos ejemplos: armar el altar a la Virgen de la Dolorosa o de Guadalupe, las mandas caminando hacia San Juan de los Lagos o a la Villa en México, la procesión del viacrucis, imponerse penitencias o ayunos en determinados días, rezarle un rosario al santo de este día, rezarle a la divina

Sin embargo, en este último plan de pastoral (-el quinto- promulgado en noviembre de 2012), a raíz de la **XVIII Asamblea Diocesana de Pastoral** que tuvo lugar en junio de 2012, la piedad popular, así como las tradiciones religiosas y culturales que inundan nuestra manera de ser y hacer Iglesia, no son solamente un aspecto de nuestra realidad sino lo que en el V Plan se llama uno de los **PUNTOS FOCALES**.

¿Qué es un punto focal? Leamos el número 91 del V Plan Diocesano de Pastoral:

«En este Plan de pastoral llamamos convencionalmente «Puntos Focales» a aquellos aspectos impactantes de la realidad, formados por una constelación de hechos, que son núcleos significativos, matriz y centro de otras situaciones o fenómenos y alcanzan transversalmente todos los ámbitos de la existencia, de suerte que nos afectan a todos.»

«Si entre todos atendemos sus graves carencias, deficiencias, limitaciones y serias consecuencias, sin descargar la responsabilidad en un grupo, comisión o programa, prevemos que sobrevendrá una situación deseable. Son la base para los demás momentos de elaboración del Plan, incluyendo la programación.»

Se eligieron seis puntos focales, el primero de los cuales, por el gran consenso que hubo en la Asamblea de Pastoral fue: **«Tradiciones y Piedad Popular de las comunidades»**.

Es decir, que a partir de la propuesta de este Plan, la piedad popular y las demás tradiciones no se valoran nada más como un asunto que tiene que ver sólo con los sacerdotes, con los que se encargan de la liturgia o de la organización de las fiestas patronales, sino que es un gran elemento de nuestra realidad que afecta a muchas otras áreas de nuestra realidad (a nivel

personal, familiar, en diversos grupos y en toda la comunidad en que vivimos) y que debe ser tenido en cuenta por todos a la hora del trabajo pastoral.

De éste como desde los otros cinco Puntos Focales (consultar en el PDP), buscamos obtener un fruto, que queda expresado en el objetivo diocesano:

REAVIVAR, COMO DISCÍPULOS MISIONEROS, LA NUEVA EVANGELIZACIÓN EN LAS CULTURAS ACTUALES; PARA QUE, MEDIANTE EL TESTIMONIO DE VIDA Y EL IMPULSO DE LOS VALORES HUMANOS Y CRISTIANOS, DEMOS UN NUEVO ROSTRO DE IGLESIA.

Por eso, buscando construir ese Nuevo Rostro de Iglesia en nuestras comunidades, inspirado en el Magisterio de la Iglesia, el V Plan Diocesano de Pastoral nos propone profundizar más en este Punto Focal en los siguientes términos (los números de cada párrafo corresponden a la numeración del V PDP):

(Se pueden distribuir los siguientes párrafos en diversos equipos para leerse y extraer de cada uno las ideas principales y luego compartirlas en plenario).

2.1 Tradiciones y piedad popular de las comunidades

92. Tenemos comunidades ricas en tradiciones (religiosas y culturales) y en piedad popular. Éstas crean identidad y sentido de pertenencia a una comunidad, frente al individualismo. Las diferentes tradiciones, usos y costumbres, sobre todo religiosas, son instrumento de comunión y comunidad, con gran sentido humanístico. También en el campo civil y legislativo se les valora como usos y costumbres.

93. La fe se ha mantenido, en buena parte, gracias a tradiciones familiares y a un patrimonio de valores morales que se va

heredando de generación en generación, reflejo de un pasado en el que se mezclan tradiciones, fe y costumbres. La fiesta patronal, la semana santa y otros momentos populares celebrativos, tienen un gran poder de unión, congregando a todos los sectores y a las varias generaciones, actualizando las tradiciones culturales y dinamizando la piedad popular.

94. La piedad popular y sus expresiones (peregrinaciones, romerías, imágenes, danzas, hermandades, novenas, devociones, etc.), involucran a todos los sectores en torno a la parroquia. Los anteriores Planes de Pastoral ya han considerado esta piedad popular, pero hoy se sigue percibiendo la necesidad de purificarla, evangelizarla, potenciar su dimensión evangelizadora, social y espiritual en orden a la formación de los cristianos como discípulos misioneros y en la caridad y la fraternidad en medio del pueblo.
95. Es cierto que decaen ciertas prácticas tradicionales y está en crisis la transmisión de valores. Coexisten, sin embargo, varias culturas con sus valores propios en nuestras comunidades: piedad tradicional, cultura híbrida, cultura postmoderna, simbiosis cultural, sincretismo. Todas son parte de la vida comunitaria y van creando identidad. Hay cierto sentido de pertenencia a una comunidad sociológica católica, pero la cultura actual es más indiferente a lo religioso en la vida cotidiana. Dentro del catolicismo existen simultáneamente muchas culturas religiosas por atender y un cierto sincretismo religioso paulatinamente va paganizando nuestras tradiciones y devociones.
96. A todos interesa consolidar tradiciones que nos den identidad, no sólo a ciertas Comisiones. Este interés nace de la

necesidad de comunión con lo infinito y de hallar sentido a la vida. Debemos aprovechar tales tradiciones y piedad popular para promover y conservar la identidad cristiana y sentido de pertenencia ante la globalización y evangelizar nuestras comunidades.

97. En nuestra Diócesis tenemos muchos santuarios que precisan una específica atención pastoral (cf III PDP 1376-1377): La Catedral Basílica de Nuestra Señora de San Juan de los Lagos a la que acuden miles de peregrinos de todas partes de la República y del extranjero; el Santuario del Señor de la Misericordia (Tepatitlán); el Señor del Encino (Ocotlán de Moya, Yahualica); el Señor de la Salud (Tototlán); el Señor del Calvario (Lagos de Moreno); el Sagrado Corazón de Jesús (Mexticacán); así como los que han surgido para venerar a nuestros santos mártires: Santo Toribio Romo (Santa Ana de Guadalupe); San Pedro Esqueda (San Juan de los Lagos y Teocaltitán de Guadalupe); Santo Sabás Reyes (Tototlán); San Cristóbal Magallanes y compañeros (Cañada de Islas y Pegueros).
98. Esa «espiritualidad popular» (DA 263), con sus expresiones (fiestas patronales, novenas, rosarios, vía crucis, procesiones, danzas y cantos del folclore religioso, cariño a los santos y a los ángeles, promesas, cabalgatas, mandas, oraciones en familia) y su lenguaje (gestos, textos y fórmulas, canto y música, imágenes, lugares y tiempos [cf DA 259 y DPPL 15-20]), debe ser promovida y aprovechada por la pastoral litúrgica, sobre todo en su dimensión espiritual, armonizándola con la liturgia de acuerdo a los criterios del magisterio (SC 13; CEC 1675; DPPL 7, 13; *Varietates Legitimae* 45) y con una sabia, sana y equilibrada pedagogía que facilite la experiencia y creatividad pastoral, como «imprescindible punto de partida para

conseguir que la fe del pueblo madure y se haga más fecunda» (DPPL 64).

III. ACTUAR

Nuestro Plan Diocesano de Pastoral no es sólo un libro o un documento estático; es una fuente de inspiración, es una propuesta de camino que nos ayude a transformar las culturas y la Iglesia de nuestro siglo XXI, por eso es necesario ir dando pasos concretos para alcanzar su objetivo y para dejar que su mística impregne nuestra vida de Iglesia.

En lo tocante al *Punto Focal de las Tradiciones y la Piedad Popular de nuestras comunidades*, éste es el proceso que queremos ir consiguiendo a lo largo de los años de vigencia del plan (del año 2012 al año 2017), lo llamamos **Diseño de pasos en el tiempo**, o bien, Curso de Acción (VPDP n. 197):

PUNTO DE PARTIDA

Nuestras comunidades tienen una riqueza de tradiciones y piedad popular que dan sentido de pertenencia, sin embargo, tienen algunas prácticas sincretistas que traicionan la Tradición.

(2012 – 2013) FE E IDENTIDAD CRISTIANA

Conocemos las tradiciones religiosas y de piedad popular y discernimos sus luces y sombras.

(2013 2014) CELEBRACIÓN GOZOSA DE LA FE

Celebramos las tradiciones religiosas y expresiones de piedad popular que promueven lo auténticamente humano y cristiano.

(2014 – 2015) COMPORTAMIENTO Y VIDA EN CRISTO

Fundamentamos las tradiciones religiosas y expresiones de piedad popular en el Misterio de Cristo y de la Iglesia.

(2015 – 2016) DIÁLOGO CON DIOS

Potenciamos las tradiciones religiosas y expresiones de piedad popular que nos ayuden al encuentro con Dios.

(2016 – 2017) COMPROMISO CRISTIANO

Proyectamos nuestras tradiciones religiosas y expresiones de piedad popular en el bien común.

PUNTO DE LLEGADA

Somos una comunidad diocesana cuyas tradiciones religiosas y expresiones de piedad popular son expresión de una fe dinámica, madura, evangelizada y comprometida.

Preguntas para apoyar el Diseño de pasos en el tiempo:

1. **¿Con qué acciones concretas podríamos hacer que la Piedad Popular y la Liturgia se complementen más en nuestra comunidad?**
2. **¿Qué actitudes o estructuras deberíamos modificar para que la Piedad Popular sea un medio de santificación genuino y no una fuente de confusión o separación?**
3. **¿Cuáles de nuestras expresiones de Piedad Popular se podrían enfatizar para mejor evangelizar a nuestras familias, grupos, sectores, personas?**

IV. CELEBRAR

Preparar una breve procesión desde el salón de la reunión hacia un punto externo llevando la imagen peregrina del santo (o advocación de Cristo o de María) de mayor devoción en la comunidad o del santo patrono (sea en estatua o en poster), en la que puedan participar todos los asistentes, con veladoras encendidas y cantando los cantos tradicionales utilizados en su fiesta patronal. Al llegar al lugar determinado, finalizar con la consagración a la Santísima Virgen o alguna oración propia de la devoción de la comunidad.

TEMA 3. EL ARTE DE CELEBRAR LA BELLEZA DE LA FE (ARS CELEBRANDI)

1. OBJETIVO

Contemplar el Misterio de Cristo presente en la liturgia para celebrarlo con dignidad, devoción y amor en este Año de la Fe y de la Identidad Cristiana.

2. ORACIÓN INICIAL

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo...



LECTOR 1: El Salmo 83 es un canto dulcísimo, penetrado de un anhelo místico hacia el Señor de la vida, al que se celebra repetidamente (cf. Sal 83,2.4.9.13) con el título de «Señor de los ejércitos», es decir, Señor de las multitudes estelares y, por tanto, del cosmos. Este título estaba relacionado de modo especial con el arca conservada en el templo, llamada «el arca del Señor de los ejércitos, que está sobre los querubines» (1 S 4,4; cf. Sal 79,2). En efecto, se la consideraba como el signo de la protección divina en los días de peligro y de guerra (cf. 1 S 4,3-5; 2 S 11,11).

LECTOR 2: El templo está presente con todo su encanto al inicio y al final del Salmo. En la apertura (cf. vv. 2-4) encontramos la admirable y delicada imagen de los pájaros que han hecho sus nidos en el santuario, privilegio envidiable.

SALMO 83 (*Añoranza del templo del Señor*)

TODOS: ¡Qué deseables son tus moradas,
Señor de los ejércitos!
Mi alma se consume y anhela
los atrios del Señor,
mi corazón y mi carne
retozan por el Dios vivo.

MUJERES: Hasta el gorrión ha encontrado
una casa;
la golondrina, un nido
donde colocar sus polluelos:
tus altares, Señor de los ejércitos,
Rey mío y Dios mío.

SACERDOTE: Dichosos los que viven en
tu casa,
alabándote siempre.

Dichosos los que encuentran en ti su
fuerza
al preparar su peregrinación:

HOMBRES: cuando atraviesan áridos
valles,

los convierten en oasis,
como si la lluvia temprana
los cubriera de bendiciones;
caminan de baluarte en baluarte
hasta ver a Dios en Sión.

LECTOR 3: Señor de los ejércitos, escucha
mi súplica;
atiéndeme, Dios de Jacob.
Fíjate, oh Dios, en nuestro Escudo,
mira el rostro de tu Ungido.

LECTOR 4: Vale más un día en tus atrios
que mil en mi casa,
y prefiero el umbral de la casa de Dios
a vivir con los malvados.

LECTOR 3: Porque el Señor es sol y escudo,
él da la gracia y la gloria;
el Señor no niega sus bienes
a los de conducta intachable.

TODOS: ¡Señor de los ejércitos, dichoso el
hombre
que confía en ti!
Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu
Santo...

LECTOR 1: Debemos ser conscientes que
todo el ser del creyente tiende al Señor,
impulsado por un deseo casi físico e
instintivo: «Mi alma se consume y anhela
los atrios del Señor, mi corazón y mi
carne retozan por el Dios vivo» (v. 3). El
templo aparece nuevamente también al
final del Salmo (cf. vv. 11-13). El
peregrino expresa su gran felicidad por
estar un tiempo en los atrios de la casa
de Dios, y contrapone esta felicidad
espiritual a la ilusión idolátrica, que
impulsa hacia «las tiendas del impío», o
sea, hacia los templos infames de la
injusticia y la perversión.

LECTOR 2: Sólo en el Templo de Dios hay
luz, vida y alegría, y es «dichoso el que

confía» en el Señor, eligiendo la senda de
la rectitud (cf. vv. 12-13).

TODOS: Vale más un día en tus atrios
que mil en mi casa,
y prefiero el umbral de la casa de Dios
a vivir con los malvados.
Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo...

I. VER

La presencia de Jesucristo en la
Iglesia y de forma especial en los
sacramentos (cf. SC 7), ha sido declarada
y defendida a lo largo de los siglos por la fe
católica, pero en la práctica no siempre se
ha tratado dignamente esta presencia.
Abusos y descuidos se han presentado a lo
largo de los tiempos, así fue testigo San
Francisco de Asís (1181-1226):

*Todos los que ejercen tan santísi-
mos misterios, especialmente los que
los administran sin discernimiento,
pongan atención en cuan viles son los
cálices, los corporales y los manteles
en los que se sacrifica el Cuerpo y la
Sangre de nuestro Señor. Y hay mu-
chos que lo abandonan en lugares
indecorosos, lo llevan sin respeto, lo
reciben indignamente y lo adminis-
tran sin discernimiento*

(MARTINI C. Cantalamessa R., Lacruz
como raíz de la perfecta alegría, *Verbo
Divino, Navarra 2009, p. 67*)

Y en nuestro país, tenemos las
palabras del II Concilio Provincial de México
(1565), que expresa con indignación y
dolor:

Que los Ornamentos estén
limpios y bien tratados.

Por cuanto hay algunos clérigos
descuidados en la limpieza de los
Ornamentos, que están dispuestos para el
Culto Divino, lo cual es nota de poca
devoción, y sentimiento, y es gran

irreverencia, y menosprecio de lo previsto por los Sagrados Cánones: Por tanto, ordenamos y mandamos que cada Cura, y Vicario en sus distritos tengan gran cuidado, que todos los Ornamentos, con que se sirve el culto divino, se traten, y estén con la decencia, y reverencia debida, y los que en efecto fueren negligentes, sean gravemente castigados (Cf. ARANDA CERVANTES A.- Serrano PÉREZ A., *Firminio y Liberio*, Buena Prensa, México 2007, p. 11).

Y en nuestros días:

- ¿Cómo reconocemos que un sacerdote preside la celebración Eucarística debidamente? ¿En qué se nota?
- ¿Qué signos de descuido y falta de respeto hemos presenciado en celebraciones sacramentales?

II. PENSAR

Al mirar la persona de Jesús, una de las características más notables es su esfuerzo por purificar el corazón de las personas y hacer sincera la oración y relación con Dios, así leemos en el Evangelio:

Bien profetizó de ustedes Isaías cuando dijo:» Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. En vano me rinden culto, ya que enseñan doctrinas que son preceptos de hombres» (Mt 15, 7-9).

Por ello culto y vida van unidos, o mejor son la misma realidad expresada de dos modos distintos: cómo amo a Dios lo sirvo en los hermanos, cómo sirvo a los hermanos así celebro al Señor en la oración y en la liturgia. Por eso es importante revisar

nuestro modo de celebrar y descubriremos nuestro grado de amor y fe.

El Concilio Vaticano II reconoce, unido a la Tradición, que Jesucristo está presente con su fuerza en los sacramentos y en toda la vida de la Iglesia (SC 7); por lo que los sacramentos son eficaces en sí mismos. Reconoce también, que para una plena eficacia, es necesario contar con las debidas disposiciones de ánimo, a fin de participar de forma consciente, activa y fructuosa (SC 11).



Las celebraciones litúrgicas no se reducen a «simples ritos», al modo de acciones mecánicas, sino que exigen tanto de quien preside como de quienes celebran, unión y contemplación del Misterio Pascual. Por ello toda acción litúrgica es obra de Dios y del hombre (Cf. SORRENTINO A., *El Arte de Presidir*, San Pablo, Bogotá 2001, pp. 31-32).

Las celebraciones litúrgicas de la Iglesia no son sólo espectáculos (en cuanto obras para ser vistas), sino acciones que implican a todos los convocados por Dios y por ello, es de suma importancia tomar conciencia de la fuerza y de la belleza de la fe (PF 4), ante todo en este año de gracia decretado por el Papa Benedicto XVI.

Pero ¿quién es el responsable principal de las celebraciones? La liturgia al ser una acción eclesial, es responsabilidad de toda la Iglesia en cuanto tal (SC 26), pero de forma especial de quienes presiden las celebraciones, ya que ellos han recibido el cultivo especial en su formación y el ministerio sacramental por el Orden Sagrado.

Los ministros sagrados son guías y pastores del pueblo de Dios en la vida y en la celebración litúrgica (SC 16-18). Cristo se sirve de ellos para engendrar la comunidad con la Palabra y los sacramentos, permitiendo a los cristianos celebrar litúrgicamente su vida nueva (Cf. SORRENTINO A., *El Arte de Presidir*, p. 37). Por ello es de suma importancia que los clérigos conozcan a profundidad las normas y disposiciones de las celebraciones sagradas, así como el espíritu de cada rito, nutriéndose a sí mismos y a todo el Pueblo Santo de Dios. Sólo con una vivencia profunda del Misterio Pascua y un conocimiento real de la Sagrada Liturgia podrán los pastores mostrar la belleza de las celebraciones y hacer realidad el arte de celebrar.

El arte de celebrar (*Ars celebrandi*) corresponde a los clérigos en cuanto vivencia y servicio al pueblo de Dios, por eso es importante tener en cuenta que:

a) Presidir es gracia

El concepto de Iglesia que brota del Vaticano II—y en consecuencia de la nueva liturgia, que es su expresión orante— exige celebraciones ministeriales y de comunión, en las que ya no hay lugar para un clericalismo ni un asamblearismo que pretenda prescindir de los pastores, sino para la afirmación armónica de la complementariedad del sacerdocio bautismal, común a todo el pueblo de Dios, y del sacerdocio propio de los ministros ordenados.

El principio de unión y de santidad de los ministros es el Espíritu Santo, que alimenta y consolida la estructura orgánica de todo el cuerpo de Cristo, la instruye, la dirige con diversos dones jerárquicos y carismáticos, la embellece con sus frutos, la rejuvenece con la fuerza del Evangelio, continuamente la renueva y la lleva a la unión perfecta con su Esposo (cf. LG 4).

Toda la Iglesia es ministerial: sigue a su Señor, que ha venido no para ser servido sino para servir, y asume ella misma una actitud de servicio. Los ministerios y carismas no existen para competir o dividir la comunidad, sino para edificarla en la caridad. La diversidad de ministerios expresa la múltiple iniciativa del Espíritu, que colma y vivifica al Cuerpo de Cristo y suscita los ministerios para el bien de la comunidad. Así pues, los ministerios nunca miran al individuo, sino que se conceden para la edificación del cuerpo del Señor y, por tanto, hacen referencia esencial a la Palabra de Dios y a la Eucaristía, punto de apoyo de la vida eclesial y expresión suprema de la caridad de Cristo, que se prolonga en el «sacramento de los hermanos», especialmente los pequeños o enfermos, en los que Cristo es acogido y servido.

El Vaticano II considera componentes esenciales del ministerio ordenado a estas tres tareas: *predicación, cuidado pastoral y culto*. Con la predicación se engendra y sostiene la fe de los individuos y de la comunidad. Por eso el ministerio de la Palabra fundamenta el cuidado pastoral y da origen a la paternidad pastoral, que no sólo se expresa a nivel formal, sino también en las situaciones concretas de la vida.

Si todos en la Iglesia tienen la tarea de hacer algo por su crecimiento, el deber específico de los ministros ordenados es justamente el de hacer del Evangelio y de la Iglesia su fundamental opción de vida. De este modo, el carisma ministerial consiste en la paternidad pastoral e implica la total dedicación de la vida (Cf. SORRENTINO A., *El Arte de Presidir*, pp. 45-47).

b) Presidir es hacer sentir la presencia viva de Cristo

Los obispos italianos recuerdan que el oficio primario de quien preside las asambleas litúrgicas es el de «hacer a las

asambleas celebrantes activamente participes y conscientes del misterio que se realiza» (RU 7). A su vez, la IGMR dice explícitamente que el sacerdote ejerce de modo efectivo la presidencia si logra «hacer sentir la presencia viva de Cristo»

Las indicaciones son muy claras y los objetivos muy precisos; si no se logran en la celebración se trabaja en vano y nos dispersamos en una sobreabundancia de gestos y palabras, en apariencia gratificantes o ritualmente coherente.

Al ser la liturgia una obra divina y humana, el problema de una participación activa, piadosa y fructuosa se sitúa en dos niveles: *en el plano sobrenatural de la fe y en el antropológico de la comunicación.*

· *A nivel espiritual*, hay que renovar continuamente una convicción fundamental de fe: toda celebración es acontecimiento de salvación, es encuentro entre las personas de la Trinidad y los seres humanos que en Cristo forman el cuerpo místico de la Iglesia. El rito cristiano, si bien fijo, no tiene ningún automatismo mágico, antes bien «involucra plenamente sólo a aquellos que profesan la misma fe, nutren la misma esperanza, comparten los mismos proyectos y asumen un mismo compromiso» (CSV 30). Por tanto, más allá del «éxito» ritual de una celebración, hay que tender a su efecto último: abrir los corazones a la gracia salvadora de Cristo. En ocasiones, el deseo de participación activa ha producido celebraciones desordenadas, incluso ruidosas y disipadoras (en los movimientos agitados y sin control, en la

inflación de las palabras, los gestos y la música). Como consecuencia desastrosa se ha perdido el recogimiento.

· La celebración se sitúa además en el *plano antropológico* de la acción simbólica y, por tanto, en el plano de la comunicación. «Lo divino», escribe D. Bonhoeffer, «se deja captar por nosotros en lo humano». Por eso hay que liberar nuestras celebraciones de todos aquellos elementos que obstaculizan la oración y hacen imperceptible, por tanto ineficaz, el don de la gracia. Hay que activar aquellas condiciones externas que hacen convincentes los elementos de la celebración, de modo que se favorezca el diálogo de la asamblea y de las personas con Dios. Esta obra de estímulo y coordinación corresponde en primer lugar a los

ministros sagrados (Cf. SORRENTINO A., *El Arte de Presidir*, pp. 48-52).

c) Presidir es arte

Procuren los presbíteros cultivar debidamente la ciencia y el arte litúrgico, a fin de que, por su ministerio litúrgico, las comunidades que les han sido encomendadas alaben cada día con más perfección a Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

(PO 5).

El éxito de una celebración (en sentido espiritual y teológico) depende de muchos factores (personales y rituales), pero está unida en gran parte al ejercicio de una presidencia estimulante.

San Pablo exhorta claramente: «El que preside, hágalo con solicitud» (Rm 12,



8), es decir, con un vivo sentido de responsabilidad, consciente de la delicadeza e importancia de su oficio. El que preside «está delante» con su persona, su rostro y sus gestos, que revelan la intensidad de su fe y la capacidad de crear comunión y llamar a la participación.

Los obispos italianos han escrito que toda celebración es *gracia y arte* (RU 7): gracia, porque es el Espíritu del Resucitado el que reúne a los dispersos para hacer de ellos una comunidad celebrante; arte, porque la celebración es una acción ritual y simbólica, que, si quiere ser eficaz, debe respetar las exigencias de la comunicación.

Todo esto, si es importante para cualquier persona que interactúa en la celebración, lo es de modo particular para el presidente, que tiene una gran parte en la misma celebración, no sólo por la cantidad de intervenciones que le corresponden, sino también por el delicado oficio de estímulo y de coordinación que le compete.

Evidentemente no se trata sólo de técnica. En las relaciones interpersonales es la persona la que cuenta; en el caso específico del diálogo celebrativo se necesitan una conciencia rica de fe y de amor y una apertura cordial a la acogida y al diálogo. Pero, incluso los sentimientos más fuertes necesitan una justa mediación expresiva, de lo contrario corren el riesgo de no manifestarse adecuadamente y ni ser rectamente percibidos.

La IGMR, en el n. 60, pide «dignidad» al presidir; esta exigencia se podría traducir como decoro de la persona y del porte, gestos apropiados, flexibilidad de la voz, mirada expresiva, capacidad de adaptación, sentido del ritmo y gusto por lo bello. En una parroquia, las mejores cualidades naturales de una persona se ponen al servicio de la gracia. Todo esto da origen a un estilo celebrativo, que revela al

presidente y a su comunidad y confiere un toque particular a la celebración.

«El verdadero estilo», escribe R. Guardini, «incluso en las formas más severas, conserva la fuerza sugestiva de una expresión madura. Sólo lo que está vivo tiene estilo: la mera celebración, el esquema desnudo no tiene ninguno. Estilo, por tanto, es discurso claro, movimiento medido, disposición severamente elaborada del espacio, de los objetos, de los colores y de los sonidos».

El estilo de la celebración y de la presidencia no lo da la actuación de una sola persona. Un presidente solitario es una contradicción, porque la presidencia implica relación, diálogo: comporta a la asamblea como polo de referencia. El sacerdote no ejerce adecuadamente la presidencia sin colaboradores competentes (lectores, acólitos, ministros, cantores...) y sin una asamblea sensible y activa.

Pero hay también otros elementos que entran en juego y concurren al crear el estilo de una celebración: *la voz y los gestos del presidente, la actitud de la asamblea. Los ornamentos y los vestidos del altar, la luz, la disposición de las flores y los muebles. Estos elementos no son secundarios; antes bien, con frecuencia son determinantes, porque hablan por sí mismos, quizá antes y más que las palabras. Las palabras, en efecto, —pensadas y pesadas— pueden incluso enmascarar la realidad; en cambio, los gestos y las cosas saben más de espontaneidad y, por tanto, son más cercanos a la verdad.*

Ministros presurosos y distractores, lectores inseguros y acelerados, bancas o sillas en desorden o cubiertas de polvo, velas consumidas y desiguales, flores mal arregladas, manteles ajados, paredes desteñidas y tapetes desgastados... dan una sensación de descuido y de escasa atención a quien entra en el templo y no invitan a volver.

Por el contrario, un ritmo compuesto y noble (ni lento ni apurado, ni alterado ni afectado, sino alegre y piadoso), limpieza y orden de los ornamentos y los manteles, luminosidad del ambiente, sonido justo, flores arregladas con gusto, medida y armonía del conjunto demuestran acogida, y parecen ya dar la bienvenida a quien entra en el recinto sacro y lo invitan a volver.

Acerca del estilo, los profesores de liturgia, descendiendo a los detalles, escriben: «Muchas veces lo que hace la diferencia entre una celebración y otra es el sentido de los matices. Es lo que suele llamarse estilo. Un presidente



que se agita sobre el altar, que observa todo (y lo deja notar), que llama y regaña, que va de una parte a otra del presbiterio para realizar funciones que no le competen (encender y apagar luces, transportar micrófonos, insertar discos, llevar cáliz y patena al altar, etc.) no es un buen presidente» (CSV 138).

La eficacia participativa del ministerio de presidencia depende ciertamente en primer lugar de la acción del Espíritu, pero también de otros aspectos: serenidad y recogimiento, capacidad de comunicar con el gesto y la palabra, agudo sentido de la medida, atención vigilante, pero discreta, correcta distribución de los oficios ministeriales, justa predisposición de los elementos que concurren para realizar la acción litúrgica.

La presidencia entendida como servicio implica también un constante esfuerzo de mediación, para estar atento a la situación concreta de la celebración.

- Aunque el misterio pascual se celebra en todas partes con las mismas palabras y los mismos gestos fundamentales, ninguna celebración, ni siquiera en el mismo templo, puede ser igual a otra.

Para evitar celebraciones frías, repetitivas, desencarnadas, los obispos recomiendan una sana y correcta creatividad, que se logra con una constante atención a los principios teológicos y a la tradición orante de la Iglesia (recordados sobre todo en las

premisas de los libros litúrgicos), con la fidelidad a las normas y la adaptación a las exigencias de las comunidades celebrantes (cf. RLI 16 en SORRENTINO A., *El Arte de Presidir*, pp. 53-59).

III. ACTUAR

El Catecismo de la Iglesia Católica (CEC) expresa que «es toda la comunidad, el Cuerpo de Cristo unido a su Cabeza quien celebra» (CEC 1140), entonces como comunidad celebrante nos preguntamos y comprometemos:

- ¿Qué ministerios litúrgicos (*Proclamadores de la Palabra, Ministros Extraordinarios de la Comunión, Monaguillos, Sacristanes, Edecanes, Colectores, etc*), merecen nuestra felicitación?

- ¿Qué ministerios litúrgicos necesitan más atención y cuidado?
- ¿Nos reunimos semanalmente (sacerdote y distintos ministros) para preparar la celebración dominical?
- ¿Qué podemos mejorar en nuestras celebraciones litúrgicas?
- ¿Nuestros templos son lugares dignos y bellos para expresar la Presencia de Dios?

IV. CELEBRAR

MONITOR: Terminemos nuestro encuentro proclamando con júbilo el Salmo 121, uno de los más hermosos y apasionados cánticos de las subidas del pueblo judío a Jerusalén durante la Pascua. Este Salmo expresa una celebración viva y comunitaria en Jerusalén, la ciudad santa hacia la que suben los peregrinos.

LECTOR 1: En efecto, al inicio, se funden dos momentos vividos por el fiel: el del día en que aceptó la invitación a *ir a la casa del Señor* (v. 1) y el de la gozosa llegada a los *umbrales* de Jerusalén (cf. v. 2). Sus pies ya pisan, por fin, la tierra santa y amada. Precisamente entonces sus labios se abren para elevar un canto de fiesta en honor de Sión, considerada en su profundo significado espiritual.

LECTOR 2: Jerusalén, *ciudad bien compacta* (v. 3), símbolo de seguridad y estabilidad, es el corazón de la unidad de las doce tribus de Israel, que convergen hacia ella como centro de su fe y de su culto. En efecto, a ella suben a *celebrar el nombre del Señor* (v. 4).

LECTOR 1: Se habla de *los tribunales de justicia en el palacio de David* (v. 5) porque el rey era también el juez supremo. Así, Jerusalén, capital política, era también la sede judicial más alta, donde se resolvían en última instancia

las controversias: de ese modo, al salir de Sión, los peregrinos judíos volvían a sus aldeas más justos y pacificados.

LECTOR 2: El Salmo traza así, un retrato ideal de la ciudad santa en su función religiosa y social, mostrando que la religión bíblica no es abstracta ni intimista, sino que es fermento de justicia y solidaridad. Tras la comunión con Dios viene necesariamente la comunión de los hermanos entre sí.

MONITOR: Proclamemos con alegría este hermoso canto bíblico mirando nuestro templo como símbolo de la Jerusalén eterna, nuestras celebraciones como asambleas de verdadero encuentro con Dios y los hermanos:

TODOS: ¡Qué alegría cuando me dijeron:

«**Vamos a la casa del Señor!**»

Ya están pisando nuestros pies tus umbrales, Jerusalén.

Jerusalén está fundada como ciudad bien compacta.

Allá suben las tribus,

las tribus del Señor,

Según la costumbre de Israel,

a celebrar el nombre del Señor;

en ella están los tribunales de justicia,

en el palacio de David.

Desead la paz a Jerusalén:

«Vivan seguros los que te aman,

haya paz dentro de tus muros,

seguridad en tus palacios.»

Por mis hermanos y compañeros,

voy a decir: «La paz contigo.»

Por la casa del Señor, nuestro Dios,

te deseo todo bien.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, como eran en un principio ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

TEMA 4. LAS FIESTAS PATRONALES: UN MOMENTO FUERTE DE FE EN NUESTRAS COMUNIDADES

1. OBJETIVO

Considerar la importancia de las Fiestas Patronales, analizando sus elementos pastorales y culturales, para que, motivados por la riqueza de nuestras tradiciones, nos comprometamos a enriquecerlas e impulsarlas en la comunidad cristiana.

2. ORACIÓN INICIAL

Señor, Padre Bueno, tú has puesto a nuestra comunidad bajo la protección de N., por eso te pedimos que imitando su ejemplo, con las fiestas patronales que preparamos, podamos acercarnos más a ti por el camino que nos marca tu Hijo Jesucristo. Señor, nuestra comunidad tiene muchas necesidades, materiales y también espirituales; te pedimos por intercesión de N. que escuches nuestras oraciones y respondas a nuestros pedidos; ayúdanos, también, a descubrir el don que tú nos regalaste y que debemos poner al servicio de la comunidad; y que sepamos mirar con tus ojos todo lo que hemos de hacer para mejorarlo, y que lo que organicemos sea de provecho espiritual para todos los miembros de nuestra comunidad. Todo esto te lo pedimos por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

I. VER

La XVIII Asamblea Diocesana de Pastoral diagnosticó que uno de los «aspectos impactantes de la realidad» de esta Diócesis, esos núcleos significativos que llamamos Puntos Focales, era el de Tradiciones y piedad popular de las comunidades (V Plan

Diocesano de Pastoral de la Diócesis de San Juan de los Lagos n.91).

Y efectivamente, en nuestra región, al igual que en todo México, hay un sinnúmero de expresiones de Piedad Popular. Las hay muy extendidas, como la preparación de nacimientos y árboles navideños, las posadas (con sus luces, piñatas, ponches, villancicos y bolos); otras se restringen a zonas precisas, como las fiestas patronales de cada pueblo, o la devoción a alguna imagen de Cristo o la reliquia de un mártir. Las hay en abierta expansión, como la corona de adviento y el uso de rosarios al cuello; y las hay también en decadencia, como las tarjetas postales, las antiguas pastorelas, la cruz en el lugar del accidente mortal, el rezo del rosario en familia o la bendición paterna con su respectivo beso filial. Unas se refieren a actividades evangelizadoras colectivas, como los ejercicios de cuaresma y la semana de la familia; otras a actos de piedad individuales, como las novenas y las mandas, o llevar una veladora para que se consuma ante el altar, o vestirse de san Martín de Porres o de Sagrado Corazón.

Algunas expresiones de Piedad Popular han sido muy originales y se han consolidado como expresión cultural característica de una localidad. Así, Capilla de Guadalupe destaca por el esmero y creatividad en sus carros alegóricos; Santiaguito de Velázquez, para honrar a la Morenita del Tepeyac, inunda el templo de arreglos florales distintos cada día; la quema de luces por parte de los coheteros de Tultepec que visitan a la Virgen de San

Juan, es una de las peregrinaciones emblemáticas que recibe ese santuario; en Atotonilco, no se comprendería la fiesta de la Inmaculada sin las calles compuestas, al igual que las de Mexxicacán sin sus tapices de aserrín; y qué decir de peculiaridades como la abundante cera que llevan los fieles de Jesús María a sus festejos; de las «candelarias» que regalan los acatiquenses el 3 de febrero; la bendición de camiones en San Francisco de Asís; las multitudes que acuden ante la imagen peregrina de la Virgen de San Juan cuando visita las parroquias de La Ribera o Margaritas; el recibimiento que le hacen los campesinos a su Reina y Madre en las rancherías de Tepatitlán; o de los músicos que se turnan todo el día 22 de noviembre para tocar en el atrio de la Asunción en Jalostotitlán.

Entre todas estas manifestaciones de Piedad Popular, destaca una: la Fiesta Patronal, el evento principal y más significativo de la mayoría de las parroquias; en algunas comunidades antiguas, debido a la pérdida del patrimonio con el que se financiaban las fiestas durante la época colonial, éstas perdieron fuerza, favoreciendo el desarrollo de otras celebraciones; además, hay comunidades tan jóvenes, que no han podido generar una Fiesta parroquial, y se abren espacio atacando lo que los fieles sienten como Fiesta principal: la de su antigua parroquia. La Fiesta Patronal, además, integra en sí diversas expresiones de piedad: la peregrinación, la danza, la novena, el rosario, los carros alegóricos, las bendiciones, las mañanitas y otros cantos, las imágenes, la cera, etc.

Siendo una actividad tan importante, no siempre se tiene una seria preparación en común para incrementar la vida cristiana, ¿por qué? Porque algunas veces se diseña la fiesta en función del provecho económico, o en aspectos exteriores como el adorno o la pompa; otras el acento se

pone en el cultivo mecánico de una tradición, o en movilizar a todo el pueblo. Hay casos en que uno solo es el que organiza el festejo, aunque el programa lo firman todo el Consejo de Pastoral. Otras, se debilita la fuerza de la Fiesta al reducir su mensaje a moralismo («esas modas y borracheras»), o a celebraciones de Misas. La mayoría de las veces se organiza en equipo, partiendo de la experiencia del año anterior, pero no se impulsa una verdadera renovación.

Cada actividad de la Fiesta supone muchas personas en acción antes, durante y después de cada acto; sin embargo al pueblo se informa sólo de lo que indica el Programa de Festejos, el cual es posible que encontremos algunas de las siguientes cosas: A) Objetivo de la fiesta, lema y temarios de predicación; B) Calendario de actividades de todos los días y eventos especiales (toque de alba, rosario de aurora, Misas de Confirmaciones, de Primeras Comuniones, de función, de Matrimonios colectivos; vigilia de adoración, Unción de Enfermos, novena, mañanitas, recepción de imágenes, procesión o desfile, coronación de reinas, kermés, verbena popular o teatro del pueblo, pirotecnia); C) Elenco de personas: sacerdotes y seglares organizadores, invitados especiales (celebrantes, obispos, predicadores), personas que toman el día (quienes cubren los gastos de las celebraciones y tal vez de la pólvora); D) Grupos que peregrinan (barrios, ranchos, instituciones, grupos eclesiales y sociales como charros, hijos ausentes, servidores públicos); E) Comisiones: liturgia, música, kermés, pólvora, campanas, adorno del templo, composturas para las calles, recorrido, carros alegóricos, programa, recolección de donativos; F) Lugar y año; G) Oración y/o mensaje inspirador; H) Imagen (algunas veces sirve de fondo, otras se encuentra al lado opuesto del programa, para que sirva como póster).

- **¿Cuáles son las fiestas católicas principales que vive el pueblo de Dios (sean parroquiales, de la localidad, de México o de la Iglesia católica)?**
- **¿Conocemos cuáles son las expresiones festivas que más nos caracterizan?**
- **¿Qué actividades se realizan en las Fiestas Patronales y cómo se organizan?**

II. PENSAR

El papa Benedicto XVI, en el Discurso Inaugural de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, el 13 de mayo de 2007, se refirió a la Piedad Popular como «el precioso tesoro de la Iglesia católica en América Latina, y que ella debe proteger, promover y, en lo que fuera necesario, también purificar» (n.1). Allí mismo la describió como «una síntesis entre sus culturas [de los pueblos indígenas] y la fe cristiana que los misioneros les ofrecían». Una valoración tan luminosa como nunca antes se había hecho en la Iglesia.

Los obispos, por su parte, reconocieron «la piedad popular como espacio de encuentro con Jesucristo», inmediatamente después de otros lugares de encuentro con el Señor, tales como la Iglesia (DA 246), la Sagrada Escritura (DA 247-249), la Sagrada Liturgia, principalmente la Eucaristía y la Reconciliación (DA 250-254), la oración personal (DA 255), el amor fraterno (DA 256), y los pobres, afligidos y enfermos (DA 257).

En consecuencia, hablaron de la Piedad Popular como de una «espiritualidad popular» (DA 259, 261 y 263), presente de diversas formas en todos los sectores

sociales, que expresa la «sed de Dios» de los pobres y sencillos, ya que en ella hay un profundo sentido de la trascendencia, de la confianza en Dios, el encuentro personal con el Señor, de amor teologal, de sabiduría sobrenatural obra del Espíritu Santo, de integración de lo corpóreo y sensible, y lo simbólico.

Advirtieron que «No podemos devaluar la espiritualidad popular, o considerarla un modo secundario de la vida cristiana» (DA 263). Al contrario, subrayaron que es un verdadero «catolicismo popular» (expresión del DP 444), «una manera legítima de vivir la fe, un modo de sentirse parte de la Iglesia y una forma de ser misioneros» (DA 264); en consecuencia, los obispos invitaron a darle «nuestro respeto y cariño» a la Piedad Popular (DA 258).

El Documento de Aparecida, al hacer el recuento de expresiones de la Piedad Popular, anota en primer lugar la fiesta patronal (DA 259), evento que aglutina otras varias expresiones, como ya sabemos. Y luego se detiene a considerar la importancia de la peregrinación. Así que podríamos decir que fiesta patronal y peregrinación son los ejes privilegiados de la Piedad Popular, según Aparecida.

Más aún, retomando el n. 64 del Directorio sobre la Piedad Popular y la Liturgia, el Documento de Aparecida indica que la Piedad Popular es el «imprescindible punto de partida para conseguir que la fe del pueblo madura y se haga más fecunda» (DA 262). Y si además en ella «aparece el alma de los pueblos latinoamericanos» y «contiene la dimensión más valiosa de la cultura latinoamericana» (DA 258) es claro



que es la base de nuestra identidad. Esto nos indica la seriedad con que hemos de impulsar tanto la Fiesta Patronal como las Peregrinaciones.

En Fiestas y en Peregrinaciones hay un patrón heredado de padres a hijos, en ambas se impulsa el sentido de familia (los barrios, los gremios, los parientes), de pueblo y de católico, en ellas se marca la memoria de la localidad con sus gozos y sus dolores. Señala el V PDP de la Diócesis de San Juan de los Lagos (n. 92), que nuestras tradiciones «crean identidad y sentido de pertenencia a una comunidad»; y que «la fe se ha mantenido, en buena parte, gracias a tradiciones familiares y a un patrimonio de valores morales que se van heredando de generación en generación»; «La fiesta patronal, la semana santa y otros momentos populares celebrativos, tienen un gran poder de unión, congregando a todos los sectores y a las varias generaciones, actualizando las tradiciones culturales y dinamizando la piedad popular» (V PDP 93).

La fiesta, además, posee elementos culturales que le dan una fuerza peculiar, ya que en ella «concurren numerosas expresiones culturales, tanto litúrgicas como populares» (Directorio sobre la Piedad Popular y la Liturgia, DPPL, 230).

El mismo Directorio observa que la fiesta «responde a una necesidad vital del hombre, hunde sus raíces en la aspiración a la trascendencia. A través de las manifestaciones de alegría y de júbilo, la fiesta es una afirmación del valor de la vida y de la creación. En cuanto interrumpe la monotonía de lo cotidiano, de las formas convencionales, del sometimiento a la necesidad de ganancia, la fiesta es expresión de libertad integral, de tensión hacia la felicidad plena, de exaltación de la pura gratuidad. En cuanto testimonio cultural, destaca el genio peculiar de un pueblo, sus valores característicos, las

expresiones más auténticas de su folclore. En cuanto momento de socialización, la fiesta es una ocasión de acrecentar las relaciones familiares y de abrirse a nuevas relaciones comunitarias» (DPPL 232).

Y añade: «La fiesta, ante todo, es la participación del hombre en el dominio de Dios sobre la creación y sobre su activo 'reposo', no ocio estéril; es manifestación de una alegría sencilla y comunicativa, no sed desmesurada de placer egoísta; es expresión de verdadera libertad, no búsqueda de formas de diversión ambiguas, que dan lugar a nuevas y sutiles formas de esclavitud. Se puede afirmar con seguridad: la trasgresión de la norma ética no solo contradice la ley del Señor, sino que daña la base antropológica de la fiesta» (DPPL 233).

- **¿Qué expresiones de Piedad Popular cultivamos como Iglesia?**
- **¿Por qué son importantes las Fiestas Patronales?**

III. ACTUAR

Hemos considerado, en general, el valor de la Piedad Popular, y de la Fiesta Patronal. Ahora el reto es triple: *conocer a profundidad nuestras Fiestas Patronales, prepararlas con esmero, y potenciar la espiritualidad y la cultura cristiana a través de ellas.*

Para conocer a profundidad, necesitamos elaborar un elenco de las expresiones de piedad en torno al santo patrono:

- a) ¿qué imágenes tenemos? (revisar si son traducción iconográfica del mensaje evangélico, signos santos que tienen a Cristo como último referente, memoria de los hermanos Santos, ayuda en la oración, estímulo para su imitación, una forma de catequesis, que no se veneran en sí mismas sino por las personas que representan (cfr. DPPL 240-241).

- b) ¿Conocemos su vida? (la fiesta debería de incluir algo para darlo a conocer: conferencia, semblanza, festival).
- c) ¿Hay novena y oraciones? ¿Tenemos cantos alusivos? Las fiestas patronales, además de expresiones específicas, integran otras más generales, como el rosario, la adoración, las danzas, las velas, los cohetes, los arreglos. Habría que conocer su finalidad y ver cómo se integran en el evento festivo.

El elenco de expresiones de piedad, puede enriquecerse si preguntamos a las personas mayores cómo eran antes las fiestas, y poner por escrito también sus vivencias; en esa información podemos integrar una memoria histórica a la que podemos agregar fotografías antiguas, algún documental o un videos de fiestas pasadas. Con ellos podríamos elaborar materiales promocionales.

Recordamos «Tradiciones» elaborado por Televisa:

<http://www.youtube.com/watch?v=Ip9Y1tf3FIO>

Después de conocer nuestras expresiones de piedad, nos proponemos una preparación esmerada de nuestros festejos; es decir, que todo sea bien pensado, bien intencionado y bien hecho. El Directorio sobre la Piedad Popular y la Liturgia nos recuerda que la preparación de la fiesta «conlleva, ante todo, una presentación correcta de la finalidad pastoral del culto a los Santos, es decir, la glorificación de Dios, ‘admirable en sus Santos’, y el compromiso de llevar una vida conforme a la enseñanza y ejemplo de Cristo, de cuyo cuerpo místico los Santos son miembros eminentes» (n. 231). Y añade en el mismo número que «esta presentación no se detendrá tanto en los elementos legendarios, que quizá envuelven la vida del Santo, ni en su poder taumatúrgico, cuanto en el valor de su personalidad cristiana, en la grandeza de su santidad,

en la eficacia de su testimonio evangélico, en el carisma personal con el que enriqueció la vida de la Iglesia». A esto puede ayudar la oportuna selección de textos bíblicos para la Liturgia, ya que la Palabra de Dios marca la vida de los santos en la caridad y ellos son exégesis de la Palabra de Dios. Otra ayuda es el uso apropiado de las reliquias de los Santos: todas las formas de devoción han de hacerse «con gran dignidad y por un auténtico impulso de fe» (DPPL 237).

Parte importante de las fiestas es el adorno; no es algo accesorio, sino un elemento que habla del tiempo especial de fiesta; las más de las veces resulta estéril seleccionar «temas» para adorno, al estilo de los programas de televisión o ciertas construcciones arquitectónicas; se trata más bien de ambientar el espacio sagrado (o los carros alegóricos, o los pendones de las calles) en modo que, en sintonía con la cultura actual, ayude a «conectar» a los fieles con los valores que se pretenden transmitir.

Sin duda, el peso de las Fiestas Patronales se concentra en las tres tareas fundamentales de la comunidad cristiana: anunciar el evangelio (pastoral profética), celebrar la obra redentora de Cristo (pastoral litúrgica), y servicio a las personas (pastoral social). A estas ha de añadirse el cultivo de la vida comunitaria. El V PDP 94, en referencia a la piedad popular, habla de la necesidad de «potenciar la dimensión evangelizadora, social y espiritual en orden a la formación de cristianos como discípulos misioneros».

En efecto, las Fiestas Patronales han de contener buena noticia, un kerigma para la comunidad y para cada grupo específico, algo en lo que pueden ayudar los temarios que propone la Comisión Diocesana de Pastoral Profética. En el campo espiritual, agotamos tiempos y agentes en la celebración eucarística, la

unción de los enfermos y ancianos, los matrimonios colectivos, las primeras comuniones y confirmaciones; separar sacramentos y fiesta es restarle eficacia a ambos, aunque ciertamente resulta más cómodo para los sacerdotes y el obispo; habría que considerar alguna alternativa espiritual, vinculada al sentido de la fiesta: según el caso, habría que pensar en bendiciones, espacios de oración, vigiliyas, conciertos espirituales, representaciones teatrales alusivas, etc. Y en el campo social es donde hay más por hacer: hay que recordar a los pobres, a los visitantes, a los niños, a los enfermos, a los discapacitados, a los ancianos; pensar en algún evento para ellos, o un acto que impulse la justicia social.

El gran reto de las Fiestas Patronales es potenciar la espiritualidad y la cultura cristiana popular, introduciendo elementos renovadores de la identidad comunitaria. Han de ser eventos misioneros, no mera conservación de tradiciones, pues las culturas son una realidad viva, en apertura y constante cambio, no son piezas de museo para mantener intactas, sino un patrimonio intangible que hay que fortalecer en la interacción con otras expresiones culturales para que pueda irradiarse.

Es necesario que incluyan elementos artísticos, además de los carros, los contingentes de charros y deportistas. Por ejemplo, podríamos proponer un concurso de cortometrajes y elaborar un video de las fiestas para subir a «YouTube»; o presentar una exposición de dibujos, pinturas o fotografías del santo patrono; o programar un evento de aficionados en honor del santo (con sus respectivos criterios y premios); o montar una obra de teatro en sintonía con los valores que se van a impulsar.

Habría que ofrecer alternativas para que el tiempo libre se viva en familia, y así

ayude a transmitir la fe a los más chicos: un paseo, un museo, un torneo, un recorrido por los puestos con su estación en el templo, un espacio religioso-cultural para la foto del recuerdo, un local para ver preparación de los alimentos típicos de la fiesta, etc. Es importante crear un ambiente capaz de transmitir valores.

La Fiesta Patronal ha de convertirse en una viva experiencia espiritual, donde las personas puedan tomar decisiones que reorienten su vida hacia la alegría personal y la armonía familiar, el amor solidario, y la cercanía con Dios. Las señales de que los fieles de una parroquia han vivido con provecho sus festejos son: el mayor contacto con la Biblia y los sacramentos, la misa dominical y la vida de la comunidad.

Y de esta renovación ¿quién es el responsable? En primer lugar, el Espíritu Santo; en segundo lugar, los agentes de pastoral, que pretenden ser sus instrumentos. Para ser eficaces, habrá que orar (¿tenemos un retiro?), preguntar (¿tenemos una evaluación o una encuesta?), analizar (¿conocemos nuestra realidad?); habrá que ofrecer un mensaje a nuestros danzantes (¿todos saben lo que significa danzar?) y músicos, a los coheteros (¿sabrán que Homero Simpson es inapropiado en los arreglos de sus castillos?), al equipo de liturgia, a los carros alegóricos, a los guardias de la imagen, a los floristas, a los contingentes que desfilan con sus carros antiguos, y en fin, a los servidores de cada tarea.

- **¿Cómo podemos potenciar las Fiesta Patronales en nuestra comunidad?**
- **¿En qué cosas debemos tener más cuidado?**
- **¿A qué conclusión llegamos?**

IV. CELEBRAR

Proponemos que se consiga la oración al santo patrono y se haga como oración conclusiva.

TEMA 5. LA LITURGIA Y LA PIEDAD POPULAR EN EL AÑO DE LA FE Y DE LA IDENTIDAD CRISTIANA

1. OBJETIVO

Reflexionar en la liturgia y la piedad popular en el Año de la Fe, para que celebrando la fuerza y la belleza de nuestra fe nos encontremos con Cristo y renovemos nuestra identidad cristiana.

2. ORACIÓN INICIAL

En el nombre del Padre...

Dios, Padre nuestro, te pedimos que concedas a todos tus hijos acoger la gracia de la fe con un corazón renovado, para que sepan reconocerte, a Ti solo Dios, y a quien Tú has enviado: Jesucristo. Haz que se dejen guiar por tu Espíritu Santo en el transcurso de este año para así avanzar en el camino de la fe con corazón alegre, y ser para sus hermanos y hermanas testigos de tu amor atrayendo a Ti nuevos hijos. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

Canto: *Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre.*

I. VEAMOS

Para ubicar nuestro tema tratemos de responder a las siguientes preguntas a nivel individual, luego compartimos nuestras respuestas y sacamos algunas conclusiones.

1. **¿Qué celebraciones litúrgicas y qué expresiones de la piedad popular (PP) le gustan más y por qué?**

2. **¿Qué contenidos de nuestra fe, según usted, son manifiestos tanto por la liturgia como por la piedad popular?**

3. **¿Cómo la celebración de nuestra fe a través de la liturgia y la piedad popular le han ayudado a encontrarse con Cristo y en su vida cristiana?**

II. PENSEMOS

1. El Año de la fe

En este primer apartado pretendemos hacer una breve presentación del Año de la fe.

La convocatoria para celebrar el Año de la fe: el Papa Benedicto XVI la ha expresado en la Carta Apostólica en forma motu proprio *Porta Fidei* (PF) del 11 de octubre de 2011.

Antecedentes del Año de la fe: la fundación del Dicasterio para la Nueva Evangelización y la convocatoria a la XIII Asamblea General ordinaria del Sínodo de los Obispos (cfr. PF 4).

Finalidad del Año de la fe: «Redescubrir el camino de la fe para iluminar de manera cada vez más clara la alegría y el entusiasmo renovado del encuentro con Cristo» (PF 2).

Celebración del Año de la fe: comenzará el 11 de octubre de 2012, en el cincuenta aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II, y terminará en la solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo, el 24 de noviembre de 2013 (cfr. PF 4).



Contenidos del Año de la fe: 1º Concilio Vaticano II, para comprender los textos dejados en herencia por los padres conciliares. Por lo tanto, es necesario leerlos de manera apropiada, que sean conocidos y asimilados, pues son textos cualificados y normativos del Magisterio, con su hermenéutica correcta, «la hermenéutica de la reforma», pues son la fuente necesaria para la renovación de la Iglesia. 2º Catecismo de la Iglesia Católica, ya que él es la ayuda para ilustrar a todos los fieles la fuerza y la belleza de la fe. Subsidio precioso e indispensable, para acceder a un conocimiento sistemático de los contenidos de la fe (cfr. PF 4-5, 11-12).

Invitación del año de la fe: el Año de la fe es una invitación a una auténtica y renovada conversión al Señor, que afecte sentimientos, pensamientos, afectos y comportamientos, ya que la fe crece y se vive como una experiencia de amor, que se recibe y se comunica como experiencia de gracia y gozo (cfr. PF 6).

La celebración del Año de la fe es: una feliz conmemoración de manera digna y fecunda; intensificando la reflexión sobre la fe, a todos los niveles, para profesar públicamente el Credo. Celebrando la fe en la liturgia y animando el testimonio de los creyentes (cfr. PF 8-10).

Sentido de la fe: redescubrir los contenidos de la fe profesada, celebrada, vivida y rezada. La fe es dedicarse a estar con el Señor para vivir con Él. Por ello el conocimiento de los contenidos de la fe es esencial para dar el propio asentimiento, es decir, la adhesión plena (cfr. PF 9-10).

Los grandes testigos de la fe: la Virgen María, los apóstoles, los discípulos, los mártires, los hombres de fe y nosotros, para que reconozcamos la presencia viva del Señor Jesús en nuestras vidas y en la historia (cfr. PF 13).

Durante el Año de la fe será decisivo: volver a recorrer la historia de nuestra fe, que contempla el misterio insondable del entrecruzarse de la santidad y el pecado (cfr. PF 13).

El Año de la fe será también una buena oportunidad para intensificar el testimonio de la caridad, ya que la fe sin la caridad no da fruto, y la caridad sin fe sería un sentimiento constantemente a merced de la duda (cfr. PF 14).

Conclusión: que este Año de la Fe haga cada vez más fuerte nuestra relación con Cristo el Señor, pues sólo en él tenemos la certeza para mirar al futuro y la garantía de un amor auténtico y duradero. (cfr. PF 15).

Encomienda del Año de la fe: a la Virgen María, proclamada «Bienaventurada porque ha creído» (Lc 1, 45), confiemos a Ella este tiempo de gracia (cfr. PF 15).

2. Celebrar nuestra fe para encontrarnos con Cristo

El Papa Benedicto XVI nos propone como objetivo para el Año de la fe: «Redescubrir el camino de la fe para iluminar de manera cada vez más clara la alegría y el entusiasmo renovado del encuentro con Cristo» (PF 2).

A la luz de tal objetivo podemos deducir que la fe es el camino del encuentro con Cristo, y aunque ciertamente la fe puede ser profesada, celebrada, vivida y rezada, aquí nos interesa la fe celebrada, y ésta es celebrada tanto en la liturgia como en la piedad popular, ya que las dos son expresiones válidas donde se manifiesta y celebra la fe (cfr. DPPL 11), la liturgia es la celebración por excelencia del misterio pascual de Cristo, ‘memorial objetivo’ de tal misterio y la piedad popular es su ‘memoria contemplativa’.

Sobre la liturgia PF 9 dice lo siguiente: «Será también una ocasión propicia para intensificar la *celebración* de la fe en la liturgia, y de modo particular en la Eucaristía, que es «la cumbre a la que tiende la acción de la Iglesia y también la fuente de donde mana toda su fuerza» (SC 10)».

En este año será pues muy importante la celebración de la fe tanto en la liturgia como en la piedad popular, ya que como nos dice el Documento de Aparecida, la liturgia y la piedad popular son dos lugares de encuentro

con Cristo (DA 250-254 y 258-265), por ello hay que potenciar su celebración.

a) La celebración de nuestra fe en la liturgia

En el campo de la liturgia sugerimos tener presente lo siguiente: intensificar la celebración de la fe en la liturgia, de modo particular en la Eucaristía, sobre todo en la Eucaristía dominical, ya que esta es, entre otras muchas cosas, el lugar privilegiado del encuentro del discípulo con Jesucristo (DA 251) y darle atención al Sacramento de la Reconciliación, especialmente en la Cuaresma 2013, teniendo presente los pecados contra la fe.

Para una buena celebración litúrgica invitamos a tener presente:

1. Preparar la celebración litúrgica, cuidando el «antes», el «en» y el «después» de la misma que sugiere la pastoral litúrgica.
2. Cuidar el espacio celebrativo, de tal manera que se presente limpio, ordenado, es decir, que siempre esté, digno, decoroso.
3. Cuidar la belleza de la celebración en todo momento, porque la belleza litúrgica es el símbolo de los símbolos del mundo, como lo que permite la transformación del tiempo y del espacio «en el templo santo, misterioso, que brilla con una belleza celestial».
4. Presidir con arte en nombre de Cristo y de la Iglesia, transparentando los gestos de Cristo sacerdote.
5. Celebrar con actitud de fe y con sentido eclesial.
6. Promover la participación plena, consiente, activa y decorosa.
7. Ejercer la ministerialidad litúrgica, cuidando que cada cual, ministro o fiel, haga todo y sólo aquello que le corresponde según la naturaleza de la acción y las normas litúrgicas (cfr. SC 28).
8. Explotar el lenguaje litúrgico de la celebración en toda su plenitud, el cual es importante porque «une el cielo con la

tierra, lo humano con lo divino», hace visible y tangible lo invisible, inmanente lo trascendente, humano lo divino, porque es medio, instrumento y vehículo del encuentro con el misterio de Cristo.

9. Cuidar la proclamación de la Palabra de Dios, pues es Cristo mismo el que habla cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura (cfr. SC 7), ella es el alma de la propia evangelización y del anuncio de Jesús a todos (DA 248).
10. Poner mucho empeño en la homilía, tanto en su preparación como en su proclamación.
11. Motivar a la participación con el ministerio del canto y la música.
12. Proyectar la celebración exhortando al compromiso social de nuestra fe.

b) La celebración de nuestra fe en la piedad popular

En relación a la piedad popular es bueno que durante este año la celebremos valorando y destacando su dimensión espiritual, ya que como nos dice el DA, es una verdadera «Espiritualidad popular», con sus expresiones (las fiestas patronales, las novenas, los rosarios y *via crucis*, las procesiones, las danzas y los cánticos del folclore religioso, el cariño a los santos y a los ángeles, las promesas, las oraciones en familia, cfr. DA 259) y su lenguaje (los gestos, los textos y las fórmulas, el canto y la música, las imágenes, los lugares, y los tiempos cfr. DPPL 15-20), armonizándola bien con la liturgia de acuerdo a los criterios que el magisterio de la Iglesia ofrecen (cfr. SC 13; CEC 1675; DPPL 7, 13; *Varietates Legitimae* 45), y desde una sabia, sana y equilibrada pedagogía que facilita la experiencia y la creatividad pastoral, ya que es un «imprescindible punto de partida para conseguir que la fe del pueblo madure y se haga más fecunda» (cfr. DPPL 64) (cfr. V PDP 98).

En cuanto a la celebración de la piedad popular proponemos:

1. Al celebrar la PP tomar en cuenta lo que nos propone el Directorio sobre la Piedad Popular y la Liturgia (DPPL) en torno al Año Litúrgico, la Veneración de la Santísima Virgen María, de los Santos y Beatos, los sufragios por los difuntos.
2. Al celebrar la veneración de la Virgen María, de los Santos y de los Beatos, es importante destacar su caminar, su peregrinación en la fe.
3. Potenciar la celebración y todo el ambiente que rodea la PP en los santuarios, ya que en ellos se concentran las expresiones más visibles de ésta (cfr. DA 260).
4. Celebrar y promover las prácticas devocionales en torno a la Eucaristía tan queridas por nuestro pueblo.
5. Preparar y celebrar bien las fiestas patronales, ya que en ella se unen: la liturgia y PP; celebraciones y actos piadoso-devocionales, contenidos bíblico-litúrgicos y piadoso-devocionales, lo más objetivo con lo más subjetivo, la razón con el sentimiento, lo universal con lo local, el culto con las tradiciones.
6. Celebrar y promover los sacramentales, ya que son los sacramentos de los pobres, de los sencillos, pensemos por ejemplo en la bendición del agua, de las casas y objetos devocionales, la ceniza, etc.
7. Evangelizar a través de la veneración de las imágenes de Nuestro Señor Jesucristo, la Santísima Virgen María, los Santos y los Beatos.
8. Promover la peregrinación, la cual es una «experiencia religiosa universal, es una expresión característica de la piedad popular, estrechamente vinculada al santuario, de cuya vida constituye un elemento indispensable: el peregrino necesita un santuario y el santuario requiere peregrinos» (DPPL 279).

Además de todo lo sugerido para celebrar nuestra fe nos ayudará mucho ambientar y decorar los espacios con pendones o mantas con textos como los que a continuación se sugieren:

- 1º Celebrar la fuerza y la belleza de nuestra fe tanto en la liturgia como en la piedad popular, para que encontrándonos con Cristo renovemos nuestra identidad cristiana.
- 2º «La fe es la respuesta del hombre a Dios que se revela y se entrega a Él, dando al mismo tiempo una luz sobreabundante».
- 3º «La fe cristiana no es una doctrina, una sabiduría, un conjunto de normas morales, una tradición. La fe cristiana es un encuentro real, una relación con Jesucristo» (IL 18).
- 4º «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (Benedicto XVI).
- 5º «La fe crece cuando se vive como experiencia de un amor que se recibe y se comunica como experiencia de gracia y de gozo» (Benedicto XVI).

Finalmente, también nos puede ayudar utilizar el icono, el himno oficial o componer otro y el Cristo de la catedral de Cafalú (Sicilia) para el Año de la fe u otra imagen nuestra.

III. ACTUEMOS

Según la reflexión que hemos hecho en este tema:

1. **¿Cómo podemos seguir potenciando desde la liturgia y la piedad popular el año de la fe y de la identidad cristiana?**
2. **¿Qué debemos aprovechar de la liturgia y la piedad popular para ir al encuentro de Cristo?**
3. **¿Qué debemos implementar en el Año de la fe para que aprovechemos este tiempo de gracia y nos ayude a renovar nuestra vida cristiana?**

IV. CELEBREMOS

Concluamos nuestro tema recitando un misterio del Rosario y consagrándonos a la Virgen María.

EVALUACIÓN DE LA SEMANA DE FORMACIÓN Y ANIMACIÓN LITÚRGICA

NB. Esta evaluación es muy importante hacerla para tomarla en cuenta, tanto en las programaciones parroquiales y decanales, como en la misma Comisión Diocesana. Ofrecemos una guía para realizarla y pedimos que dicha evaluación la recojan los encargados decanales de la Pastoral Litúrgica, para que, éstos, a su vez, la lleven a la Comisión Diocesana de Pastoral Litúrgica

- **CODIPAL**- (P. Antonio Ramírez –Coordinador-, P. Roberto Pablo Glez –Secretario-).

Numero de Grupos _____

Hombres-Mujeres _____

NOS FELICITAMOS *(Aspectos Positivos)*

NOS ARREPENTIMOS *(Aspectos Negativos)*

SUGERENCIAS

SUGERENCIAS PARA EL TIEMPO PASCUAL

CPL 100, Centre de Pastoral Litúrgica Barcelona, Barcelona 2004, 16-36.

JOAQUIM GOMIS y JOSEP LLIGADAS

Recogemos aquí un amplio conjunto de ideas, sugerencias y criterios pastorales a tener en cuenta para darle a la cincuentena pascual la fuerza y la intensidad que le corresponden. No lo hacemos en un único artículo sistemático, sino mediante cinco artículos (el primero de Joaquim Gomis, los restantes de Josep Lligadas) que ofrecen sus aportaciones desde distintos ángulos. Con algunas inevitables repeticiones, sin duda, pero construyendo en su globalidad un útil panorama de posibilidades y caminos.

PASTORAL DE LA CELEBRACIÓN

Paradoja: después de preparar con notable esfuerzo pastoral, durante la Cuaresma, la gran celebración pascual, pasada la Vigilia y el primer domingo de Pascua, parece a menudo que entremos en domingos del tiempo ordinario. ¿Qué hacemos de la cincuentena pascual? ¿Qué hacemos de la gran fiesta cristiana que debería prolongarse durante estas siete semanas? Habrá que preparar el tiempo de Pascua. Bastante lo sabemos. Pero es difícil: porque siempre ha sido un tiempo bastante abandonado, porque las características vitales de nuestro cristianismo no lo propician, porque el tiempo coge como de sorpresa en cuanto se acaba el conjunto de celebraciones de la Semana Santa, porque encima viene el verano y la gente empieza a aprovechar los domingos para salir. Pero también sabemos suficientemente que éste es precisamente el tiempo central del año cristiano, y que por tanto habrá que intentar darle relieve tanto como sea posible. Por ello, sería bueno que esta preparación de la pastoral del tiempo de Pascua se hiciera antes de empezar la Semana Santa, reuniendo al grupo de laicos más interesados, y pensando conjuntamente con ellos por lo menos las líneas principales que el tiempo deberá tener; o, a falta de laicos, sentándonos los sacerdotes a reflexionarlo y a imaginar lo que se debe hacer. Aquí proponemos algunas sugerencias concretas:

La ambientación de las celebraciones

Para que se vea que estamos celebrando algo importante, es decisiva la imagen tanto visual como auditiva que dé la iglesia en la que nos reunimos. No despreciemos los signos. Hay que valorarlos. Una celebración pascual pide signos festivos.

- Tantas flores como sea posible, y tanta iluminación como sea posible (más que en las bodas, por ejemplo). ¿Por qué no pedir a los asistentes que traigan flores?
- Emplear la música: vale la pena que en este tiempo, cuando la gente entre en la iglesia, se encuentre acogida por un fondo musical vivo (en directo por medio de órgano o armonio, o en conserva por medio de disco o magnetófono). Y que asimismo se emplee la música dentro de la celebración.
- Cubrir el ábside con un mural de colores vivos que destaque el tiempo que celebramos.
- Que en el atrio de la iglesia se ponga cada domingo un mural con alguna fotografía y algunas frases de la liturgia del día.
- Prestar atención al conjunto facistol–cirio pascual: que el cirio tenga flores y el facistol esté cubierto por un paño blanco, y dejar junto a él el agua para la aspersion, por ejemplo.

El estilo de las celebraciones

- Hacer la aspersion del agua cada domingo, en lugar del acto penitencial. Para que no parezca un extraño rito mágico es necesario: presentarlo como recuerdo pascual del bautismo; hacerlo muy significativo, pasando si es posible hasta el final de la iglesia por el pasillo central; también, si parece oportuno, cantar algo entretanto (un canto pascual o bautismal).
- Cantar; cantar mucho, y cantar cantos de Pascua. El aleluya debería resonar con frecuencia (explíquese alguna vez su sentido), por ejemplo destacando la aclamación del evangelio, y empleando cantos que lo contengan. Si se hace canto de paz –la paz que el Señor resucitado dio a sus discípulos–, podría ser mejor un canto de Pascua que los habituales «cantos de paz». También, si se hace canto final, puede emplearse cualquiera que sea de alabanza.
- La predicación. Siempre resulta más fácil predicar para que la gente «se convierta» que predicar para que viva el gozo de la salvación. Sería necesario: 1) empaparse de las lecturas de estos días, meditándolas personalmente y descubriendo la riqueza que contienen; 2) hacer todo el esfuerzo para que los cristianos vean reflejado en ellas todo cuanto para ellos es vida: desde los campos que empiezan a ponerse verdes hasta las realidades de familia, de trabajo, de barrio; desde la vida sacramental de la comunidad Iglesia hasta el anuncio del Evangelio desde la vida de cada uno.
- Destacar la plegaria eucarística, cantando cada domingo –si el celebrante sabe cantar– el prefacio (o al menos sus tres invitaciones iniciales), la aclamación de la consagración y la doxología final. Y que el celebrante proclame toda la plegaria con la conveniente expresividad.

Un tiempo sacramental

Aunque es complicado por motivos de masificación, un esfuerzo de concentrar sacramentos en este tiempo –especialmente los de iniciación– podría resultar pedagógico para ayudar a entender que los sacramentos son participación de la vida del Resucitado y no actos más o menos mágicos.

- Celebrar bautismos (¿celebrar todos los bautizos en este tiempo? Quizás ayudaría a cambiar el estilo de la celebración bautismal: quedaría más como un acto colectivo y festivo de Pascua que como una cansina repetición de todos los domingos). En cualquier caso, sí que resulta interesante en este tiempo celebrar algún bautismo dentro de la Eucaristía dominical.



- Poner las confirmaciones en este tiempo. Para que se vea que es un sacramento, una nueva participación del Espíritu del Señor resucitado.

- Primeras comuniones. Que son difíciles, porque según cómo, pueden resultar molestas si se hacen en todas las

misas de este tiempo. Como los bautizos, habría que intentar convertirlas en actos festivos y colectivos del tiempo de Pascua.

- La Unción de los enfermos. La Pascua es una oportunidad para rescatar este sacramento del clima más o menos macabro en que siempre se ha visto inserto. Es un momento ideal para organizar un encuentro de enfermos dentro de alguna o algunas eucaristías dominicales, administrándoles allí el sacramento: ¡la fuerza del Señor resucitado! Insistiendo en los temas del Espíritu que fortalece en la debilidad, en la comunión con el Señor que venció el mal. Este sacramento, tan mal comprendido, podría verse con una nueva luz si se insertara en las celebraciones pascuales. También, evidentemente, es el mejor tiempo para llevar la comu-

nión a los enfermos los domingos con la ayuda de laicos (y religiosas) que puedan realizar este ministerio.

El carácter comunitario

En cuanto sea posible, habría que convertir el tiempo de Pascua en un tiempo de encuentro comunitario. A varios niveles:

- Es el tiempo ideal para organizar alguna salida-excursión parroquial, de carácter festivo, en la que además se prepare una celebración de la Eucaristía bien hecha.
- Destacar alguna misa de modo particular –la del sábado por la noche, o la misa mayor del domingo– que esté mejor preparada, y que luego se facilite un encuentro de los asistentes en torno a un pequeño refresco.
- Que cada semana, en un día laborable, se programe una celebración de la Eucaristía de carácter más familiar, que permita el intercambio y el clima comunitario.
- Que cada domingo alguno de los grupos que están más o menos vinculados con la parroquia explique, en todas las misas (antes de la bendición final), sus actividades (de modo breve y expresivo, desde luego): desde grupos de jóvenes a Caritas o a la catequesis infantil, o el grupo de Tercer Mundo. De este modo se hace más patente para todos la vida de la comunidad.
- Programar encuentros: por ejemplo, de los que se han casado durante el año, de los padres que han bautizado algún hijo, etc. Estos encuentros podrían hacerse invitando a asistir a cada uno de estos grupos a alguna misa dominical, que luego iría seguida de un rato de conversación más informal, o bien cabría programar un encuentro aparte, independiente de las actividades normales de la parroquia.
- Se podrían organizar algunos encuentros festivos (conciertos, festivales, etc.); o una merienda para todos los niños que hayan celebrado la primera comunión durante estas semanas. Son actos que ya se organizan en algunas parroquias y que quizá no sería difícil organizar en otras. Porque vivir la comunión cristiana no es sólo

reunirse para revisar; también lo es reunirse para festejar.

Celebremos la Pascua. Es decir, empeñémonos en darle un tono festivo a todo este tiempo. Trabajemos por conseguir celebraciones expresivas de la apuesta por la vida –la vida que nos viene del Padre por Jesucristo y en su Espíritu– que es la fe cristiana. Debemos decirlo y repetirlo, pero sobre todo debemos celebrarlo. El mejor servicio que podríamos prestar a nuestras comunidades cristianas sería intentar comunicar este espíritu pascual de celebración, de fe en el Resucitado, de esperanza en el camino hacia la vida que Dios quiere.

RECORDATORIO DE PASCUA

1. Paz y ganas. El ambiente general no ayuda, y bastante lo sabemos: poca conciencia de la cincuentena, el fin del curso, las salidas de fin de semana, las primeras comuniones... Tanto los sacerdotes como los demás responsables litúrgicos deberán ejercer dos virtudes ante esta situación: una, las ganas de celebrar la Pascua del Señor como un largo domingo de cincuenta días, porque merece la pena; otra, la paz con la que siempre hay que afrontar las cosas difíciles, intentando sacar el máximo rendimiento de las posibilidades que tenemos, y sin amargarse porque esas posibilidades son menores que las que deseáramos tener. Porque en cualquier caso, el servicio mutuo de ayudarnos a celebrar la vida nueva de Jesús es, siempre, muy valioso.

2. La ambientación de la iglesia. Este elemento es especialmente determinante en el tiempo de Pascua. Tiene que notarse mucho, que estamos en un tiempo especial. En cada lugar se verá qué se puede hacer, pero por lo menos es necesario que, durante los cincuenta días, haya más flores y más luces que en el resto del año, una buena ornamentación del cirio y del agua de la aspersion, un paño blanco en el ambón... procurando, eso sí, cambiar las flores cuando se marchiten. Puede haber también otro tipo de ornamentación como pósters, murales, etc.: ¡que se note que celebramos con alegría el centro de nuestra fe! Y luego, será importante que, termina-

do el domingo de Pentecostés, se note el descenso ornamental: incluso sería conveniente que, si llegan flores con motivo de las primeras comuniones o de bodas, se retiren en las misas normales, para mantener el contraste entre el tiempo de Pascua y el resto del año.

3. Los cantos. Es otro elemento clave para resaltar el tiempo. Tendríamos que cantar todos los domingos cantos propios del tiempo de Pascua, sin ceder a la tentación de volver a los cantos ordinarios a medida que avanzan los domingos (no pasa nada si repetimos los cantos: el resto del año ya cantamos otros!). Los cantos de Pascua deben resonar durante toda la cincuentena, para que sintamos en qué tiempo estamos. Y el aleluya debe repetirse una y otra vez sin temor (recordemos, por ejemplo, que según el leccionario lo podemos utilizar todos los domingos como respuesta del salmo responsorial).

4. Los ritos específicos. La aspersión del agua es sin duda el rito más característico de los domingos de Pascua. Habrá que hacerlo con amplitud, asperjando por toda la iglesia con un manojo de ramas verdes. Y luego, otros elementos pueden ayudar a dar el tono a este tiempo, como por ejemplo el canto del Credo breve.

5. El domingo de Pascua. Normalmente, las personas más activas de la parroquia participan de la Vigilia Pascual, y ello provoca un cierto abandono de las misas del día de Pascua. Habrá que compensarlo. Por una parte, pidiendo a monitores y animadores que vengan también a las misas del día, para vivir la Pascua ayudando a vivirla a la feligresía restante. Y por otra, poniendo en juego todos los elementos de ambientación que hemos empleado en la Vigilia.

6. El segundo domingo de Pascua. El segundo domingo de Pascua acostumbra a ser el día del reencuentro. Los que han pasado la Semana Santa fuera ya han vuelto, y la comunidad recupera su situación habitual. Además, desde el punto de vista litúrgico, este domingo tiene un carácter especial, con elementos propios del día de Pascua; y la primera lectura y el evangelio nos hablan de la comunidad que crece y se reúne en torno al

Señor cada domingo. Por tanto, bueno será dar también un relieve especial a este día, para que todos nos sintamos formando parte de la comunidad que Jesús resucitado convoca.

7. El domingo de Pentecostés. El domingo de Pentecostés, la Pascua granada, es la culminación de los cincuenta días en honor del Señor resucitado, la coronación de su pascua con el don del Espíritu. Este es el fruto de Jesús resucitado: su Espíritu que se derrama sobre nosotros para que su vida resucitada nos llene a todos. Es importante darle un especial relieve festivo a este domingo, porque así se marca más claramente la centralidad del tiempo pascual. Además de los elementos habituales (luces, flores rojas, cantos...), podemos concentrar también hoy la celebración de todo lo que hemos vivido a lo largo de este curso pastoral, que es, sin duda, fruto del Espíritu. Una «misa mayor» que reúna el máximo número de personas y en la que se resalte la Pascua que en ese día terminamos, el don del Espíritu que se nos da, y la labor parroquial que hemos llevado a cabo, puede ser una buena manera de celebrar este día. Y, luego, un pisolabis distendido y amable.

PASCUA CON TIEMPO

La Pascua hay que prepararla con tiempo. La preparación de la celebración de la cincuentena debe formar parte de las tareas cuaresmales. Porque es básico lograr una buena celebración pascual si no queremos que nuestra vivencia cristiana se nos quede coja. Y quedaría realmente coja si dedicásemos muchos esfuerzos a la Cuaresma (que desde luego hay que dedicarlos) pero la Pascua luego tuviera poco vigor y relevancia. Sin duda no es fácil. Cincuenta días, siete semanas, y sin un objetivo final al que dirigir la mirada, pueden provocar fácilmente que la celebración vaya perdiendo fuerza, que se vaya como deshilachando. Y más aún si las salidas de fin de semana empiezan a vaciar nuestras iglesias o si las primeras comuniones acaparan nuestros esfuerzos. En cualquier caso, todos somos conscientes de la importancia de este tiempo: el más importante del año. Y sabemos que hay que darle

toda la relevancia posible, para que la comunidad cristiana nos llenemos verdaderamente de aquello que da sentido a nuestra fe: Jesús resucitado, fuente de vida para todos nosotros. Para ayudar en esta tarea, aquí aportamos algunas sugerencias:

1. Es fundamental la imagen de unidad de todo el tiempo. Que entre por los ojos que estos ocho domingos, hasta Pentecostés, forman una unidad. Esto implica, de entrada, que el presbiterio ofrezca una imagen distinta del resto del año: el cirio pascual muy visible y adornado (con flores renovadas cada vez que sea necesario), el altar y el ambón igualmente adornados, el agua preparada para la aspersion y situada en lugar relevante... También un póster grande con el aleluya y alguna frase breve y significativa, y otras ornamentaciones festivas por toda la iglesia... Una música ambiental que reciba con alegría a los que entran... Y todo ello, que cambie de nuevo de forma clara y visible después de Pentecostés: que el domingo de la Trinidad se note claramente que ha terminado la Pascua.

2. Los cantos, una pieza clave. Quizá aún no valoramos suficientemente el papel determinante del canto en nuestras celebraciones. El canto es uno de los medios más potentes para interiorizar sentimientos y vivencias: las palabras que decimos en el canto, así como el tipo de música, entran dentro de nosotros sin darnos cuenta, y configuran nuestro espíritu. Por ello, es importante que los cantos de Pascua sean muy propios, con abundante presencia del aleluya, y referidos a Jesús resucitado, a su Espíritu, y a nuestra vida nueva. Y que no los abandonemos en todo el tiempo: no es malo, repetir todos estos domingos lo mismo; al contrario, en esta sociedad nuestra tan dispersa, la repetición nos ayudará mucho.

3. Mirar al mundo con ojos de resucitados. Durante este tiempo, la homilía debe estar muy impregnada de sentido de Pascua, que quiere decir de sentido de salvación, de confianza, de vida. Nosotros y el mundo hemos sido salvados, y por tanto todos debemos aprender a descubrir, en nosotros y en el mundo, las semillas de esta vida nueva de Jesús; incluso los males y el pecado deben ser vistos como una llamada de salvación, y no como una ocasión para dar rienda suelta a

planteamientos pesimistas y agrios. Y eso vale no sólo para la homilía: ¿por qué no preparar unos murales sobre la vida nueva que se crea en la parroquia, y la vida nueva que se crea en nuestra ciudad o pueblo, y en nuestra sociedad?

4. El tiempo de los sacramentos. La Pascua es el tiempo de los sacramentos. Del Bautismo, de la Confirmación y de la Eucaristía en primer lugar, pero también de todos los demás. Son la presencia más profunda del Espíritu de Jesús en nosotros. Por ello, bueno será tenerlos especialmente en cuenta: refiriéndonos a ellos en la homilía y en las preces y moniciones, preparando algún mural, celebrándolos o renovándolos dentro de la misa dominical (pero de manera sencilla y ágil, sin querer hacer mucha catequesis, porque entonces la celebración resulta larga y pesada), e invitando a toda la comunidad a participar de algunas celebraciones sacramentales (sobre todo bautismos y confirmaciones).

5. Y algún encuentro festivo. Podría ser interesante, por ejemplo, los domingos de Pascua, preparar un espacio para compartir un café después de la misa (en todas las misas o en alguna en que resulte más fácil que alguien se encargue). Y también alguna peregrinación o excursión, o algún otro tipo de acto religioso-lúdico, para estrechar lazos entre los miembros de la parroquia o entre varias parroquias; habría que procurar, eso sí, que pueda ser vivido como celebración pascual (o sea, el acto que debe tener lugar durante la cincuentena, no después).

¿CÓMO VIVIR LA PASCUA HASTA EL FINAL?

Vivir la Pascua hasta el final, resulta difícil. Motivos externos: las primeras comuniones, el cansancio de final de curso... Y motivos internos: la Cincuentena es muy larga, la Cincuentena no tiene ningún «objetivo» hacia el cual encaminarse (mientras que el Adviento tiene la Navidad, y la Cuaresma tiene la Pascua...). Pero podemos vivirla más. Algunas ideas pueden ser:

1. Propongámonos, en las primeras semanas de Pascua, algunos elementos que nos ayuden a vivir las últimas semanas. Por ejemplo,

preparar un final fuerte, como puede ser una exposición de todo lo que puede ser un signo visible de la presencia del Señor resucitado y de su Espíritu: una muestra de todo lo que se ha hecho en la parroquia durante el año, con participación de todos los grupos, y que esté expuesta desde la Ascensión hasta Pentecostés, y que culmine con una buena misa de Pentecostés; o que, los últimos cuatro domingos (5º, 6º, Ascensión, Pentecostés), en el silencio de después de la comunión, se lean testimonios (breves) de cómo actúa el Espíritu en nuestro mundo (unos misioneros en África, una ONG, un grupo de ayuda fraterna...); o que se expresen, en este mismo espacio, los deseos de transformación que se viven en nuestro pueblo/barrio/ciudad; etc.

2. Cuidemos, junto con los responsables de las celebraciones, los signos externos de estos últimos días. Necesitaremos una reunión en las primeras semanas de Pascua para asegurarlo bien. Que los cantos sigan siendo de Pascua lo que queda de tiempo; que no descienda el número de flores y de luces; que cada domingo, durante el canto de entrada, se encienda solemnemente el cirio pascual... Desde el principio del tiempo de Pascua, va bien introducir cantos del Espíritu Santo, pero esto debe ir en aumento a medida que se acerque Pentecostés: será también una manera de dar algo de «variedad de color», que siempre ayuda.

3. Demos vigor y relevancia al conjunto Ascensión-Pentecostés. La Pascua conduce hacia estos dos días culminantes. La Ascensión nos hace contemplar a Jesús – ¡el que ha muerto por amor!– viviendo la vida de Dios para siempre; lo que significa que la condición humana, llena del amor entregado de Jesús, está llamada a compartir también esta vida: ser persona humana es poseer ya una semilla de divinidad; ¡cualquier persona humana, por «diferente» o antipática que sea, ya es divina! Y Pentecostés nos hace contemplar nuestra vida, y nuestra comunidad-Iglesia, y nuestro mundo, llenos del mismo Espíritu de Jesús, para poder vivir como él y para poder caminar hacia él. La Ascensión y Pentecostés son las consecuencias, los frutos de la Pascua.

De manera que en estos días se debería reemprender el crescendo pascual y dedicar nuevas energías de culminación de lo que iniciamos el Miércoles de Ceniza: el ciclo salvador de la muerte y resurrección de Jesucristo. Durante la Ascensión y Pentecostés quizás podríamos organizar unos encuentros festivos después de la misa...

4. La «semana del Espíritu Santo». Para los que participan de la misa los días laborables, sería una buena ayuda poner algunos elementos que destaquen la semana anterior a Pentecostés. Uno que es evidente, es cantar durante la misa cantos del Espíritu Santo. Otro, cantar un canto al Espíritu Santo durante el silencio de después de la comunión (si se conoce, el «Veni creator» puede ser ideal; no estaría mal repartir el texto con la traducción). O rezar juntos, también después de la comunión, una oración al Espíritu Santo (por ejemplo, la que hay en el librito de la colección «Celebrar» titulado *Media hora quincenal de oración*; o incluso la secuencia de Pentecostés; en cualquier caso, se deberá repartir el texto).

5. Organizar una Vigilia del Espíritu. Quizás el mismo sábado por la noche, siguiendo lo que propone el Misal o dejando funcionar la creatividad y la imaginación. O quizás el viernes. A los jóvenes, por ejemplo, les puede gustar organizar un acto similar. Se puede preparar un acto abierto, convocando a todos, o se puede preparar para grupos más activos, que les puede ir bien el encontrarse de vez en cuando en ambiente de oración y no de reunión y programación. En cada lugar se verá que resulta mejor.

6. El «Veni creator» y el «Veni, Sancte Spiritus». No es por afán involucionista, sino por conservar algunas cosas antiguas muy valiosas. ¿No podríamos utilizar esas dos magníficas músicas gregorianas como ambientación musical en la iglesia el día de Pentecostés y también, si la hay, en la Vigilia del Espíritu? Y tomarlo como costumbre todos los años.

7. Y bajar el tono de la fiesta justo al acabar Pentecostés. Esto también ayuda mucho a resaltar los tiempos festivos. Tan importante como colocar colgaduras en los balcones con motivo de

una fiesta es quitarlas cuando se ha terminado. El domingo de la Trinidad se debe haber retirado el cirio pascual (y se debe colocar en el baptisterio o en la sacristía, no en un rincón del presbiterio), y debe haber menos flores, y menos luces, y menos ornamentos de cualquier tipo...

LA TEOLOGÍA Y LAS ACTITUDES

Es importante ver qué teología transmitimos. Y la espiritualidad que de ella se deduce. Porque puede que no tenga mucha solución el cansancio de fin de curso y las ganas que todo el mundo tiene de salir los fines de semana, y por tanto seguirá sucediendo que en estos domingos comenzarán a fallar monitores sin avisar, y será más difícil el canto, y disminuirá el número de monaguillos. Pero aunque eso ocurra, si durante el tiempo de Cuaresma hemos creado el clima de que nos estamos preparando para la Pascua, y si incluso en Adviento y Navidad decimos que el nacimiento de Jesús no es sólo un acontecimiento que despierta ternura sino que es un camino que culminará en su muerte y resurrección, probablemente iremos logrando una vivencia más auténtica de lo que significa ser cristiano.

Y esta vivencia más auténtica quizá no se traducirá en poder celebrar la Pascua tan organizadamente como la Cuaresma, pero sí se traducirá en el corazón de los cristianos, en la profundidad de su experiencia de fe, lo cual ya es mucho. Y también se traducirá en un campo mejor abonado para percibir e interiorizar los signos visibles con los que colorearemos los domingos de Pascua, y en consecuencia, en una mejor celebración de las misas de estos domingos por parte de los que participen de ellas. La Pascua es el centro de la vida cristiana. Pero para que esta afirmación sea algo más que una frase, es necesario que en todo lo que decimos y hacemos se note este convencimiento de la salvación que hemos recibido por Jesucristo, de la vida que llega a través de la entrega amorosa, de la acción del Espíritu que supera toda frontera. Todo lo cual podríamos concretarlo en algunas actitudes como las siguientes:

1. Actitud de valoración de lo que somos. Es decir: valorar los muchos años de historia cristia-

na transcurrida, y que son fruto de la resurrección de Jesús, el don de su Espíritu extendido por toda la tierra y en todos los corazones. Y como consecuencia, agradecimiento a Dios, reafirmando nuestra adhesión al Evangelio y revitalizando nuestra experiencia eclesial.

2. Actitud de testimonio. Lo que hemos recibido, nos dice Jesús, hemos de transmitirlo. Si es para nosotros tan importante, tenemos que compartirlo. El testimonio se fundamenta en lo mismo en que se fundamentó el de Jesús: una vida con capacidad de atracción porque está hecha de amor, esperanza, libertad y servicio a los débiles, y las ganas de comunicar a los demás la Buena Noticia que da sentido a esta vida. Jesús hacía esto de una manera total; nosotros con muchas incoherencias. Pero él se fía de nosotros.

3. Actitud de vivencia sacramental. Es nuestro punto de referencia palpable, visible. En los sacramentos «tocamos» la presencia de Jesús y «tocamos» la comunidad eclesial. En el misterio, en la oscuridad algunas veces. Pero los tocamos. Tendríamos que proclamar (de palabra, y en la programación de celebraciones) que este Jesús victorioso en quien creemos se nos acerca sobre todo a través de estos signos. Unos signos en los que estamos invitados a creer, y que hemos de trabajar para hacerlos vivos al máximo.

4. Actitud de valorar toda «semilla del Espíritu» en el mundo. La Pascua invita a tener un espíritu muy abierto. Y a ser capaces de superar cualquier idea de que el Espíritu, la bondad, la capacidad de entrega, la lucha por la justicia, quedan reservados en exclusiva dentro de la Iglesia. La Pascua nos invita a mirar a toda persona con predisposición a aprender de ella, ya que el Espíritu ha sembrado en todos su semilla de vida nueva.

5. Actitud de alegría. No porque no tengamos problemas ni sufrimientos, sino porque creemos que el camino de la vida permanece abierto para siempre y nada lo podrá cerrar. Este debe ser el primer rostro de la fe: la capacidad de dar a los demás ánimos para vivir, ilusión para mirar hacia adelante, gozo profundo. Pascua significa hacer buena cara.

LAS CELEBRACIONES DEL DOMINGO DE PASCUA

JOSÉ ALDZÁBAL

Este domingo es el tercer día del Triduo Pascual, que ha tenido en la Vigilia su punto culminante y, a la vez, el primer día de la Cincuentena Pascual, las siete semanas de celebración de la Pascua, que concluirá con Pentecostés, el nombre griego del “día quincuagésimo”.

Tenemos que cuidar las celebraciones de este día. Por su importancia intrínseca y también porque bastantes fieles de los que vienen hoy a misa no han participado en la Vigilia. Las celebraciones de este domingo no tienen que ser como un apéndice poco festivo a la gran fiesta de la noche o a la Semana Santa.

Una Eucaristía pascual y festiva

Las misas del día de Pascua se deben celebrar con la máxima solemnidad. Deben traspirar la alegría y la importancia de la Pascua del Señor. La oración colecta se alegra porque “en este día nos has abierto las puertas de la vida por medio de tu Hijo, vencedor de la muerte”. La de las ofrendas afirma que todos estamos “rebotantes de gozo pascual”, y la poscomunión, que la Iglesia ha quedado “renovada por los sacramentos pascuales”.

A lo largo de esta misa sería bueno hacer referencia a la Vigilia que la comunidad cristiana ha celebrado la noche pasada. Hay varios rasgos que pueden destacarse en las misas de hoy:

a) En el rito de entrada, la procesión se podría hacer con el Cirio llevado expresivamente, mientras un canto pascual, gozoso y prolongado, crea ambiente de fiesta y centra la atención de todos en Cristo Resucitado.

b) El Cirio Pascual, que estará encendido durante toda la Cincuentena, se coloca cerca del ambón de la Palabra, en el lugar donde fue entronizado en la Vigilia. Lo que la Palabra nos irá

proclamando con su lenguaje, lo irá diciendo también, con su lenguaje propio, humilde pero constante, este Cirio encendido. En la monición de entrada el sacerdote hará bien en aludir a este sereno y expresivo signo pascual.

c) La aspersion bautismal tiene sentido todos los domingos, pero más en los de Pascua, y sobre todo hoy: en lugar del acto penitencial y del Kyrie, es muy conveniente hacer la aspersion con el agua bendecida en la Vigilia. Es un gesto que vale la pena realizar con expresividad, pasando por toda la iglesia, mientras se canta un canto bautismal. Además, el sacerdote debe dar ejemplo: como indica el Misal, primero se asperja a sí mismo, porque también él necesita recordar y renovar su bautismo. Al rito de la aspersion le sigue el canto gozoso del Gloria.

d) En cuanto a las lecturas bíblicas, “para la misa del día de Pascua, se propone el evangelio de san Juan sobre el hallazgo del sepulcro vacío. También pueden leerse, si se prefiere, los textos de los evangelios propuestos para la noche santa, o, cuando hay misa vespertina, la narración de Lucas sobre la aparición a los discípulos que iban de camino hacia Emaús. La primera lectura se toma de los Hechos de los Apóstoles, que se leen durante el tiempo pascual en vez de la lectura del Antiguo Testamento. La lectura del Apóstol se refiere al misterio de Pascua vivido en la Iglesia” (Leccionario, 99).

e) Antes del evangelio, se canta o se recita la hermosa secuencia *Victimae paschali laudes* con alabanzas al Resucitado que ha triunfado de la muerte. Hoy habría que cantar los títulos y las aclamaciones del evangelio y dar especial relieve al Aleluya: para bastantes de los presentes será la primera vez que lo cantan desde el inicio de la Cuaresma.



f) Algunas comunidades celebran en este día, en la misa central, los bautizos que se han ido preparando durante la Cuaresma.

g) El Credo se podría decir en su forma dialogada, como en la Vigilia y en los bautizos. Incluida aquí, si se cree oportuno, la renovación de las promesas.

h) Hoy es uno de los días en que más sentido tiene la comunión bajo las dos especies, al igual que en la Eucaristía de la Vigilia.

i) Al final, a la despedida hay que darle un tono más festivo, con el doble Aleluya y un expresivo deseo de felices Pascuas.

Vísperas bautismales

Las Vísperas de este domingo han tenido en la historia un sentido bautismal que habría que aprovechar pastoralmente: ayudaría a concluir más expresivamente el Triduo Pascual, dando gracias por el don del Bautismo.

a) Después de la entrada y una oportuna monición, se podría hacer el rito del “lucernario”: el presidente enciende expresivamente el Cirio, mientras se canta un himno pascual al Resucitado.

b) Después de los salmos, lectura y homilía, se organiza, mientras se canta un canto bautismal, la procesión al baptisterio, lugar que debe aparecer bien iluminado, con flores, con agua nueva. Allí puede hacerse una aspersión, aunque se haya hecho por la mañana. Este día el recuerdo bautismal debe ser muy explícito. Se podría hacer de modo distinto: pasan todos a mojar su mano en el agua de la fuente, bendecida en la Vigilia, y se santiguan.

c) Se concluye con el Magnificat (con incensación, si parece oportuno), las preces, el Padrenuestro y la bendición solemne.

EL CIRIO PASCUAL

JOSÉ ALDAZÁBAL

La liturgia la celebramos con palabras, pero también con signos y gestos simbólicos – posturas, movimientos, acciones significativas–: todo ello nos conduce a lo mismo, la sintonía con el Misterio que celebramos, la comunión invisible e inefable con la presencia de Cristo y la actuación de su Espíritu.

En la Cincuentena Pascual, inaugurada solemnemente en la Vigilia, celebramos el Misterio de una Vida Nueva, la de Cristo, que se nos quiere comunicar a cada uno de nosotros. Esto lo expresamos en palabras y cantos, pero también con acciones simbólicas que pueden a veces llegar a donde no llegan las palabras. Uno de estos símbolos es el Cirio Pascual que encendemos en todas las celebraciones de este tiempo.

La noche de la Luz

En la Vigilia Pascual realizamos un verdadero “juego simbólico de la luz”:

– el pueblo, congregado en la oscuridad, ve cómo

- nace un nuevo fuego y de él se enciende el Cirio Pascual, símbolo de Cristo,
- y tras él marcha la comunidad hacia la iglesia, cantando por tres veces un grito de júbilo: “Luz de Cristo, Lumen Christi”,
- cada vez se van encendiendo más cirios pequeños: los cristianos quedan contagiados de la Luz de Cristo, recibiendo a la vez con alegría su Don y aceptando el compromiso de ser ellos mismos, a su vez, luz para los demás,
- el cantor del Pregón entona las alabanzas de la feliz noche, iluminada por la Luz de Cristo Glorioso.

No necesita muchas explicaciones en esta noche el simbolismo de la luz. Es contagiosa la eficacia de estos signos: la oscuridad de la noche, el fuego, el Cirio, la progresiva comunicación de su luz, el pregón... La Iglesia, como Esposa amante, como comunidad de “vírgenes prudentes”, con la lámpara encendida en la mano, sale al encuentro de su Esposo.

La Cincuentena

Este Cirio ilumina todas las celebraciones de la comunidad cristiana, también las de la Liturgia de las Horas, durante todo el Tiempo Pascual.

No sólo hasta el día de la Ascensión, como se hacía antes de la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II. Eso sería dar un tono “historizante” a nuestra fe en la presencia de Jesús, que en efecto se ocultó visiblemente en la Ascensión.

Sino hasta la tarde de Pentecostés, cuando se completan esas siete semanas, la Cincuentena, que celebramos como un único y gran día de fiesta: así subrayamos el tono “misterioso” de la Presencia del Señor en medio de nosotros.

Pero además hay dos sacramentos que, a lo largo del año, son alcanzados gráficamente por el eco de la Pascua:

- en el Bautismo encendemos el Cirio Pascual: es el recuerdo simbólico de que bautizarse es incorporarse a la Muerte y Resurrección, a la Vida Nueva de Cristo; además, como gesto complementario del signo central –la inmersión en el agua– también cada bautizado (o sus padres) encienden un cirio pequeño, a ser posible personal, aportado por la familia, y que luego se conservará como recuerdo de lo que ha querido ser este sacramento: “que vuestros hijos, iluminados por Cristo, caminen siempre como hijos de la luz”...
- también en las Exequias se enciende el Cirio, dando un tono pascual al momento culminante de la vida cristiana. El que empezó su camino de fe a la luz de Cristo, lo concluye a la misma luz. El que fue incorporado a la Pascua por el primer sacramento, es ahora introducido, en su muerte, a la Luz definitiva de Cristo.

En ambas ocasiones es interesante que el Cirio no esté ya encendido cuando se reúne la comunidad, sino que sea como el primer rito de entrada, hecho con significatividad.

El doble simbolismo del Cirio

Un símbolo como el del Cirio puede ser elocuente o sencillamente ser aceptado y “cumplido” como norma heredada de pasadas épocas.

Pero, bien realizado, ayuda a la comunidad cristiana a captar el Misterio que celebramos:

- por una parte, la Luz como símbolo de Cristo Resucitado: “yo soy la Luz del mundo: el que me siga no caminará en la oscuridad” (Jn 8,12),
- y por otra, el compromiso de una vida cristiana vivida en fiesta y con tono de misión testimonial: “vosotros sois la luz del mundo” (Mt 5,14), caminad como “hijos de la luz” (Ef 5,8), “quien ama a su hermano permanece en la luz” (1Jn 2,10).

El que arda esa luz en la Cincuentena es un recordatorio gozoso de que vivimos, gracias a Cristo y su Espíritu, en la esfera de la luz, de la verdad, del amor, de la vida.

Consejos prácticos

- El Cirio debe ser nuevo cada año; Pascua significa novedad radical; al Cirio del año pasado se le pueden dar varios destinos: por ejemplo cortarlo y convertirlo en varias velas para la Eucaristía, o bien consumirlo en el altar de la adoración del Jueves Santo;
- es interesante que este Cirio sea aportación de la comunidad, a modo de ofrenda de todos: una colecta en un domingo de Cuaresma podría tener esa intención, a la vez que se incluyen también las velitas personales que servirán para la Vigilia y que luego pueden llevarse como recuerdo;
- que el Cirio tenga grabada la fecha del año y las letras Alfa y Omega, quiere expresar que Cristo es el principio y el fin, y que este año concreto nos quiere alcanzar con la gracia de su Pascua; y que tenga también el signo de la Cruz apunta a un Misterio Pascual entendido en su plenitud: por la muerte a la Nueva Vida;
- la colocación del Cirio, en un soporte digno y estético, adornado con flores, debería ser bastante estable, sin demasiados transportes; mejor cerca del ambón desde donde se proclama la Palabra; así se ve un simbolismo complementario: lo que las lecturas bíblicas irán anunciando del mensaje pascual, lo está diciendo también, en su lenguaje humilde y constante, ese Cirio que nos regala su luz.

El Papa Benedicto XVI nos propone como objetivo para el Año de la fe: «Redescubrir el camino de la fe para iluminar de manera cada vez más clara la alegría y el entusiasmo renovado del encuentro con Cristo» (PF 2).

La fe es pues, el camino del encuentro con Cristo, y aunque ciertamente la fe puede ser profesada, celebrada, vivida y rezada, aquí nos interesa la fe celebrada, y ésta es celebrada tanto en la liturgia como en la piedad popular, ya que las dos son expresiones válidas donde se manifiesta y celebra la fe, la liturgia es la celebración por excelencia del misterio pascual de Cristo, 'memorial objetivo' de tal misterio y la piedad popular es su 'memoria contemplativa'.

